EL TEATRO.

COLECCION

DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

MODESTIA Y VANIDAD,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

8 RS.

ALBACETE
Imp. de Joaquin Diaz, San Agustin, 14
1865

MODESTIA

Y VANIDAD.

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL POR

Don Francisco Perez Echevarría.

ALBACETE
Imprenta de Joaquin Diaz, San Agustin, 14
1865

Dedicatoria

Al Ilmo Sr D Esteban Martinez.

Prueba de gratitud, de respeto y de cariño.

El autor.

REPARTO

PERSONAGES.	ACTORES.
Doña Juana	*Doña Carlota Nuñez.*
María.	*Doña Dolores Lirón.*
Luisa.	*Doña Elisa Lirón.*
Don Vicente.	*Don Francisco Lopez Valois.*
Don Sempronio.	*Don Antonio Gonzalez.*
Un criado.	*Don Antonio Ladehesa.*

La accion en Madrid.—Epoca corriente.

673302

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los paises en que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales.

Los comisionados de la Galería dramática y lírica titulada El Teatro, son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO.

Sala en casa de D. Sempronio. Puerta al foro. Dos á la derecha. Dos balcones a la izquierda. Muebles de lujo; entre ellos un piano y un velador colocado en primer término á la izquierda.

ESCENA I.

Doña Juana.—María.—*La primera aparece leyendo un periódico junto al tocador.—La segunda cosiendo.*

María. ¡Cómo el corazon me late
el dia que espero carta
de papá; me alegran tanto
sus amorosas palabras;
aunque si á él se las oyera
mas entónces me alegráran!

D.ª Juana. Jesus, Jesus que horroroso.
¡Válgame Dios, cuanta infamia!...
Estos hombres no son hombres,
estos son tigres de Hircania.
¿Dónde el derecho de gentes,
la moral y el órden se hallan?
A este paso digo á usted
que no hay seguro ya nada.

MARÍA. Qué es lo que pasa? algun crímen...
algun robo, algun...
D.ª JUANA. Qué pasa
dices? una friolera!
que esa Rusia condenada
no vá á dejar un polaco.
Pobres víctimas! dá lástima!
Despues que tanto han sufrido
bajo la opresion tirana
del Czar; porque quieren ahora
su libertad, los maltratan
y persiguen y... Dios mio
que cosas, que cosas pasan!
—Escucha, escucha, María,
que gente tan inhumana
hay en el mundo. Aproximate.
(María obedece y Doña Juana vuelve á coger el periódico y á recorrerle leyendo á media voz.)
«Píldoras de Haute...» «No mas calvas.»
—No es aquí.—«Dicen los puros
que quieren dar un programa»
—Tampoco.—«Los resellados»
«El Ministerio y la farsa»
«Los perros y la morcilla.»
—Pero, señor, donde se halla
esto? Ah! por fin dí con ello.
«Berlin dos: esta mañana
han sido ahorcados ochenta
insurrectos en sus casas.»
MARÍA. Qué horror!
D.ª JUANA. Suceden hoy cosas
inauditas, crueles, bárbaras.
MARÍA. Pero si son insurrectos.
D.ª JUANA. Y qué? no son gente humana
como nosotros?
MARÍA. Sí, pero...
D.ª JUANA. Niña, no hay pero que valga.
Bien, que tu no estás al cabo
de la política *austriaca*
franco-rusa.
MARÍA. No, señora;

no estoy al cabo de nada
de esas cosas que yo creo
para una muger muy árduas.

D.ª JUANA. Pues esa creencia es tonta,
es falsa, sí.

MARÍA. Será falsa.

D.ª JUANA. Y la prueba está en mi Luisa.
No has reparado como habla
de política? No has visto
conque desparpajo trata
las cuestiones europeas
que hoy los ánimos embargan?
Es claro, como ella lee
todos las dias *La España,*
La Iberia, El Contemporáneo,
La Discusion, La Esperanza,
y otros cien y cien periódicos
mas, la chica es una sábia;
está al dedillo de todo,
sin que esto sea alabarla.
Por qué no intentas lo mismo?
Bien, que tú eres de otra pasta
que ella, y nada mas te gusta
que andar hecha una azacana,
de acá para allá, ayudando
como un pendon de criada.

MARÍA. Ese es mi deber señora,
la gratitud me lo manda.
Un año vá á hacer muy pronto
que papá marchó á Canarias
destinado, aquí dejándome
convaleciente.

D.ª JUANA. Muy mala.
Pero porqué lloras?

MARÍA. Ay!
me hacen un bien estas lágrimas!
El tiempo habia pasado
y aquel destino era el áncora
de salvacion que teníamos
tras tanta y tanta desgracia.
Víctima mi padre de esa

política oscura y vaga
que á usted le deleita tanto
y á mi me asusta el nombrarla,
llegó un dia en que no tuvo
pan que darnos; no me causa
rubor decirlo, que entonces
rayó su honradez mas alta.

D.ª JUANA. Pero á qué viene todo eso?
A qué es recordar pasadas
historias? Si yo y mi esposo
te recibimos en casa,
fué un deber. Tu buena madre
fué la amiga de mi infancia;
lo mismo que tú y mi Luisa.

MARÍA. (Oh que amistad tan amarga!)

CRIADO. *(Desde la puerta.)*
Señorita.

MARÍA. *(Corriendo apresurada.)*
Ay Dios, qué gozo!
(Coje una carta que el criado la presenta.)

D.ª JUANA. Es para tí?

MARÍA. *(Besando la carta.)*
Sí, es de casa.
Veamos á ver que dicen
de bueno; tambien mi hermana
me habrá escrito. Tanto tiempo
sin verla ya, sin hablarla!
Doña Juana, si usted gusta
darme su permiso...

D.ª JUANA. Abrela,
ábrela pronto, veremos
que nos dicen de Canarias.
(María concluye de abrir la carta.)

MARÍA. Dios mio, papá no escribe.

D.ª JUANA. Cómo?

MARÍA. Solo lo hace Laura.

D.ª JUANA. Y qué dice? no te alteres.

MARÍA. Si tiemblo tanto...

D.ª JUANA. Ten calma.

MARÍA. *(Leyendo.)*
«Mi idolatrada María:

hoy no puedo ser muy larga
porque papá está indispuesto.
No te asustes, ten confianza.
Ruega á Dios por él y ruega
tambien por tu pobre hermana.»

D.ª JUANA. Lo estás viendo?

MARÍA. Qué lacónica!

D.ª JUANA. Algun dolorcillo, nada.

MARÍA. Ay! mi corazon me dice
que no es eso.—Y hay postdata.
(Lee.)
«Dispónte á darme un abrazo
muy pronto.—Hasta entonces.—Laura.»
—Será cierto? qué alegria!

D.ª JUANA. Eso es una prueba clara
de que no ofrece cuidado
lo de tu padre.

MARÍA. Dios lo haga.

ESCENA II.

Las mismas.—LUISA *y* D. SEMPRONIO *en trage de calle. La elegancia de aquella resaltará notablemente con la sencillez de Luisa.*

MARÍA. *(Dirigiéndose con cariño á Luisa y quitándole la capota.)*
Luisa!

D.ª JUANA. Estais ya de vuelta?

D. SEMP. *(Sentándose en una butaca con cachaza.)*
La traigo muy enfadada.

D.ª JUANA. Por qué Luisita?

LUISA. Por nada.

MARÍA. Deja que te abrace.

LUISA. Suelta.

D. SEMP. No hagais caso; está muy fosca.

D.ª JUANA. Pero por qué?

D. SEMP. No lo infieres?

D.ª JUANA. Si no hablas.—Jesus, eres
mas pesado que una mosca!

D. SEMP. Una tontería.

D.ª JUANA. Igual
pasa siempre.
D. SEMP. Ya lo creo:
la niña quiere el paseo.
LUISA. Del Retiro.
D. SEMP. Y yo el Canal.
D.ª JUANA. Válgame Dios qué rareza.
Vaya un gusto, te lo alabo!
D. SEMP. (Aburrido hé de ir al cabo
á tirarme á él de cabeza).
D.ª JUANA. Su pretension hallo justa.
No ves que allí no va un alma!
Huy!... no sé como eres.
D. SEMP. Calma!...
LUISA. Aquello mamá me asusta;
vá una gente tan sombría!
D.ª JUANA. Desesperados no mas.
D. SEMP. (Como yo.)
D.ª JUANA. No, no saldrás
ya con tu padre otro dia.
No permito que te adornes
con trages de *moiré-antik*
para lucirlos allí;
ni quiero que me abochornes
por la loca estravagancia,
de que no quieran llevarte
con gusto, á ninguna parte
á donde va la elegancia.
Habiendo sitios tan bellos
á donde tantos concurren!
D. SEMP. Sitios todos que me aburren.
D.ª JUANA. Al fin se disfruta en ellos
y se recrea la vista.
—Vaya un estreno lucido
que ha tenido hoy el vestido.
D. SEMP. (Hoy me acosa la modista.)
—Ah! muger, se me olvidaba
darte una noticia.
D.ª JUANA. Sí?
D. SEMP. Muy buena.
D.ª JUANA. Pues vamos, di.

D. Semp. Te vas á alegrar.
(Tomando un polvo de rapé con mucha calma.)
D.ª Juana. Acaba.
D. Semp. Luisa le vió.
D.ª Juana. Pero á quien?
D. Semp. No aciertas?
D.ª Juana. Qué impertinente.
D. Semp. Pues hé visto á D. Vicente.
D.ª Juana. A D. Vicente? qué bien!
(Se sienta al lado de D. Sempronio haciendo ademanes de alegría.—María y Luisa al otro lado.)
María. De veras? Es un amigo
tan bueno! pero le viste
bien?
Luisa. Vaya!
María. Porque pudiste
equivocarle...
Luisa. Te digo,
muger, que le conocí.
Iba vestido de negro,
tan elegante.
María. Me alegro,
me alegro mucho por tí.
Luisa. Por mí? á qué causa?
María. Lo digo,
porque como muchas veces
me has hablado. .
Luisa. Qué sandeces!
Te hablé como de un amigo.
María. Y habrá venido hace poco?
Luisa. Cuando á vernos no ha venido,
poco hará.
D.ª Juana. Pero marido,
no irle á buscar? Tú estás loco.
No ves que esta es la ocasion
de que mude nuestra suerte?
No ves que ahora?...
D. Semp. Pero advierte...
D.ª Juana. No advierto nada.
D. Semp. Chiton.

LUISA. *(Despues de leer la carta que María ha recibido de su hermana.)*
Já, já, já, já.
D. SEMP. *(Por Luisa.)* Cambió el viento?
MARÍA. Y te ries?
LUISA. Y te apuras?
serán unas calenturas.
MARÍA. (Oh cuán grande es mi tormento!)
LUISA. Mamá, me voy á mudar
de trage,
MARÍA. *(Con cariño.)* Yo iré contigo.
D.ª JUANA. Sí, que se ponga otro abrigo
y el vestido de *foular*. *(A María.)*
MARÍA. Y te peinaré, si quieres,
otra vez.
LUISA. Lindo peinado
saldrá!
MARÍA. Pondré mas cuidado.
D.ª JUANA. Ven, Luisa, qué hermosa eres.
(La dá un beso.)

ESCENA III.

D.ª JUANA. *(Contemplando á Luisa hasta que desaparece.)*
Mírala! no te perdono
el que no lo hayas llevado
al Retiro; habia estrenado
hoy un vestido tan mono!
No sé á que viene entramparnos
por ella sino lo luce.
D. SEMP. Cierto que á nada conduce;
digo, conduce á arruinarnos.
D.ª JUANA. Sempronio estás en tu juicio?
D. SEMP. Precisamente por eso;
porque no he perdido el seso,
estoy viendo el precipicio
mejor que tú.
D.ª JUANA. Me sofocas
con tus locas presunciones.
D. SEMP. Ay Juana! tus pretensiones
si que son necias y locas!

D.ª JUANA. Jesus, María y José.
D. SEMP. (Llegaron los aspavientos.)
D.ª JUANA. Cuáles son tus pensamientos?
D. SEMP. Que cuáles?
D.ª JUANA. Sí.
D. SEMP. No lo sé.
D.ª JUANA. Quiéres que mi hija en quien yó
fijo mi esperanza toda?...
D. SEMP. Quiero que no esté á la moda
sugeta, ni...
D.ª JUANA. Pues yo nó.
Quiero que vaya elegante;
para que no haga un papel
ridículo, y para que el
pié no la pongan delante.
—Ignoras tú por ventura,
Sempronio, que á la persona
lo que en mundo le abona
es el trage?
D. SEMP. Qué hermosura!
D.ª JUANA. Además; Luisa debe ahora
á su hermosura dar brillo
para...
D. SEMP. Que quede el bolsillo
vacío; muy bien Señora;
siga la trampa corriendo
que el fin tocarás.
D.ª JUANA. Ay, vamos,
de entendernos no acabamos.
D. SEMP. Sí, si te voy entendiendo.
Tú quieres, porque presumes
que con eso vá alcanzar
tu hija un conde, derrochar;
y los treinta mil consumes
de mi haber, en blondas, cintas,
encages, gasas, cordones,
teatros y diversiones...
y otras mil cosas distintas.
Sigue, sigue con tu tema
que el fin tocarás!...
D.ª JUANA. Sempronio!

D. Semp. Qué quieres?
D.ª Juana. Ay! el demonio
me lleva al ver tanta flema.
Vente á la razon, no ves
que estamos en crísis ahora.
D. Semp. En crísis?... *(Tocándose los bolsillos.)*
Ah! si señora.
(Ya hace tiempo; verdad és.)
D.ª Juana. El Ministerio peligra
con la próxima eleccion
y al bando de oposicion
tu antiguo partido emigra.
Aquí de un cambio oportuno
que puede alzarte al pináculo...
D. Semp. Para tí nunca hay obstáculo.
D.ª Juana. Obstáculo? No hay ninguno.
—Si yo fuera hombre Sempronio!
D. Semp. Jesus! si tú fueras hombre!
D.ª Juana. Valdria, sí, no te asombre
mas que tú.
D. Semp. (Mas que el demonio.)
Pero qué tiene que ver
eso conque gaste Luisa?
D.ª Juana. Hoy es condicion precisa
gastar para recoger.
D. Semp. Sistema disparatado:
gaste en buen hora el que tenga;
pero el que nó, que se avenga
con lo que Dios le haya dado.
Esa es mi opinion.
D.ª Juana. Tan rancia
como tú.
D. Semp. Muger, que quieres;
en cambio tú... *(Con burla.)*
D.ª Juana. Vamos, eres
la completa estravagancia.
Cuando pudiera alcanzarse
un ascenso, ó dos, ó tres...
D. Semp. Como tú todo lo ves
fácil!
D.ª Juana. Hay mas que arriesgarse?

D. Semp. Dí, y si luego el Ministerio
no cae?
D.ª Juana. Está desahuciado.
Y además, el diputado...
D. Semp. Quién, D. Vicente?
D.ª Juana. El misterio
sabrá de todo. Conviene
á fin de que nos prevenga,
que á vivir aquí se venga.
D. Semp. Y si el Gobierno sostiene
su candidatura?
D.ª Juana. Y qué?
tanto mejor para el caso;
con eso si sale el paso
mal, te aprovechas de
lo mucho que nos aprecia.
D. Semp. Te comprendo. (Con su lábia,
esta muger es mas sábia
que los famosos de Grecia.)
D.ª Juana. Pero ántes será mejor,
para que vayas de acuerdo,
ver al otro.
D. Semp. No recuerdo.
D.ª Juana. Qué memoria! al Director.
D. Semp. Ah! ya iré luego.
D.ª Juana. Qué luego?
En las cuestiones políticas
todas las horas son críticas.
—Jesus, Dios mio, reniego
de tu calma estóica.
D. Semp. Hoy
no leí; sino te ofende.....
D.ª Juana. Tal vez de un minuto pende
nuestra suerte.
D. Semp. *(Con resignacion.)*
Bien, me voy.
D.ª Juana. *(Con zalamería.)*
Conque resúmen del dia:
yerno, y yerno diputado;
tú á Director elevado
y yo feliz.

D. Semp. *(Calándose el sombrero.)* (Tú, una arpía.)
(Doña Juana váse sonriendo á su marido. Este se dirige á la puerta del fondo en actitud de marcharse; pero luego que queda solo, se quita el sombrero y se arrellena en la butaca.

ESCENA IV.

D. Sempronio, *despues* D. Vicente.

D. Semp. No señor; tengo avidez
de leerlos y no quiero
salir de casa. *(Se oye ruido.)* Ay yo muero!
Si volverá aquí otra vez?
Vicente. D. Sempronio!
D. Semp. D. Vicente!
Tanto bueno, amigo mio!
Porqué no me ha escrito usted
cuatro letras?
Vicente. No hé podido;
salí ayer mismo de casa
y el viaje fué de improviso.
D. Semp. Y en vísperas del gran dia!
Me estraña...
Vicente. Por eso mismo:
no quiero que mi presencia
digan nunca que ha influido
en el triunfo, ni dar armas
ningunas á mi enemigo.
D. Semp. Segun eso está seguro.
Vicente. Seguro, no así lo miro;
probable.
D. Semp. Si es usté el alma,
el todo de aquel distrito!
Vicente. Usted me honra en demasía.
D. Semp. Justicia. Mas no habia caido
en que aun de pié nos hallamos;
sentémonos, caro amigo.
Vicente. Y la invicta Doña Juana,
qué tal?
D. Semp. (Hecha un basilisco.)

Muy bien, gracias.

VICENTE. Y María
y Luisita?

D. SEMP. Bien: lo mismo.

VICENTE. Pobre María! Su padre
que tanto quería el mio
continuará aun en Canarias?

D. SEMP. Sí señor.

VICENTE. Qué hombre tan digno!
Recuerdo—y eso que entonces
todavía era yó un niño—
que él presentó á usted en casa.

D. SEMP. Sí, por él nos conocimos.
No olvidaré que le debo
por esa razon grandísimos
favores.

VICENTE. La amistad pura,
presta favores recíprocos.
Dígalo sino María
que hoy disfruta del cariño
de ustedes. Ella con eso
encontrará grato alivio
á su desgracia.

D SEMP. (Por fuerza
debo de estar encendido
como un pavo.) Sí, nosotros...
yó la quiero muchísimo.

VICENTE. Luego, al lado de Luisita...

D. SEMP. Sí.

VICENTE. La querrá con delirio.

D. SEMP. Oh mucho! (Como es tan suave
el génio del angelito!)

VICENTE. Pues, señor, tengo deseos
de verlas.

D. SEMP. Voy á decírselo
al instante. Verá usted,
van á alegrarse infinito.
(Vá á marcharse y vuelve.)
Que espero que aquí se quede,
creo escusado decírselo.

VICENTE. Mil gracias.

D. Semp. Cómo que gracias?
Vicente. Agradezco á usted muchísimo
su bondad; mas francamente
tendré que estar de continuo
yendo y viniendo.
D. Semp. Qué importa?
Vicente. No estaría yó tranquilo.
D. Semp. Eso á la amistad se dice?
Vicenté. Sabe usted que convencido
estoy de la que nos une.
D. Semp. Pues á lo menos le obligo
á que coma con nosotros.
Vicente. Si usted se empeña....
D. Semp. Lo exijo.
—Voy á decir á las niñas...
pero ya no necesito
llamarlas; aqui las tiene
usted, hechas un prodigio.

ESCENA V.

Dichos.—María, Luisa.

Luisa. Vicente, usted por aqui?
Vicente. Y asombrado, vive Dios.
Luisa. Asombrado!
Vicente. No hace dos
años, aun, qne á ustedes ví,
así, unas niñas de corto,
y ahora encuentro dos mugeres
formales, miento, dos séres
divinos que miro absorto.
Luisa. Lisongero está usted.
Vicente. Rara
vez lo soy.—Usted tan bella. *(A María.)*
María. Mil gracias.
Vicente. (Noto la huella
de algun pesar en su cara.)
D. Semp. Don Vicente, ya esperando
tal vez el gefe me esté.
Pronto vuelvo.

LUISA. *(A María)* (Márchate.)
VICENTE. *(A Don Sempronio.)*
Usté es muy dueño.
D. SEMP. Estimando. *(Váse.)*
VICENTE. Conque y mamá sigue bien?
LUISA. Bien.—María anda á avisarla.
MARÍA. Voy allá. *(Saludando á Vicente.)*
VICENTE. No incomodarla.
LUISA. Ve María.
VICENTE. (Qué desden!)

ESCENA VI.

VICENTE.—LUISA.

VICENTE. O yo me engaño, ó está triste
María.
LUISA. No, no es engaño
porque está así todo el año.
VICENTE. Y hay causa?
LUISA. Ninguna existe.
VICENTE. Quizas con la ausencia larga
de su papá...
LUISA. Sí, tal vez;
pero ya su pesadez
á veces á mi me carga.
Por cualquiera niñería
se pone de una manera,
que al verla alguno, dijera
que era ya gazmoñería.
Luego le gusta tan poco
el trato de gentes que...
vamos, Vicente, no sé,
hay veces que me sofoco.
Se dice de algun festin?
qué disparate! no asiste,
y lo que es más no se viste
con arreglo al figurin.
Así es que vá hecha una facha,
ya la vé usted.
VICENTE. Si será
la causa el amor?

LUISA. Já, já,
el amor, pobre muchacha!
Viene usted de broma; apruebo
su gracia.
VICENTE. Si se le antoja...
LUISA. Pero doblemos la hoja.
Qué me dice usted de nuevo?
VICENTE. De nuevo, nada en verdad,
tan poco aquel pueblo brinda!
y decir á usted que es linda
no es ninguna novedad.
LUISA. Qué galante! (Yá despunta.)
VICENTE. Justiciero soy.
LUISA. No á fé.
VICENTE. Quién niega que hay en usté
toda la belleza junta?
LUISA. Toda? es algo exagerado
y no es posible creerlo;
qué diria, si á saberlo
llegára algun ser amado?...
VICENTE. (Cáspita, la niña sabe
mucho más de lo que yó
me pensaba.)
LUISA. Acerté?
VICENTE. Nó:
lo que ha dicho usted es grave.
LUISA. Qué! el amor? pues si es un juego.
VICENTE. Y de azár.
LUISA. Y muy inocente.
VICENTE Y además es tan.... (Vicente
que te arrimas mucho al fuego.)
LUISA. (Ya por fin se vá insinuando.)
Conqué es tán...?
VICENTE. Sí, tan... hermoso.
LUISA. Ah, debe ser delicioso
muy bello vivir amando.
VICENTE. (Eh?)
LUISA. Así envidio á los poetas.
Deben sentir....
VICENTE. Cá, no sienten,
hablan del amor y mienten

lo mismo que las coquetas.
(Luisa hace un ligero movimiento de impaciencia.)
Unos y otros pintan galas
con acento seductor
y fingen cielos de amor
sin ir del amor en alas.
No es decir que afinidad,
exista por eso entre ellos;
ni confundir los destellos
del génio y la vanidad.
Los poetas aunque mienten,
deleitan con su mentir,
y á veces hacen sentir
lo que ellos quizás no sienten;
pero las coquetas, vamos,
si hemos de hablar con franqueza...

LUISA. (A molestarme yá empieza.)

VICENTE. Son del mundo que habitamos
la plaga mayor que existe;
son las que el alma destrozan
—Bien es verdad que aunque gozan
su porvenir es bien triste!
Y abundan tanto en el dia!...
Y á veces su coquetismo...

LUISA. (Vuelta otra vez con lo mismo.)

VICENTE. No es solo coquetería.

LUISA. No?

VICENTE. Es otra cosa peor.

LUISA. Cómo!

VICENTE. Un cálculo vil.

LUISA. Un cálculo mercantil?

VICENTE. Pues! un cálculo de amor.

LUISA. Que rebaja usted presumo
ese afecto hasta el ridículo.
Es acaso algun artículo?

VICENTE. Justamente, de consumo.
Al ménos así lo tratan,
ciertos modernos amantes,
mejor dicho, comerciantes,
que con el amor contratan.

Esto usted no lo comprende;
pero tiempo llegará
en que yá comprenderá
que el amor tambien se vende.

LUISA. Repito que usted rebaja
ese afecto.

VICENTE. No, hija mia;
es género que en el dia
tiene su alza y su baja.

LUISA. Cómo la bolsa? E infiero
que habrá su cotizacion.
Dará el tipo la ilusion.

VICENTE. No, Luisa, lo dá el dinero.

LUISA. Vaya dejemos á un lado
el sarcasmo.

VICENTE. No lo es tal.

LUISA. Y habléme usted mas formal
de ese amor tan decantado.
Su excepticismo me daña.
Es tán horrible!

VICENTE. Es verdad;
tan horrible realidad
quizás su ilusion empaña.
Perdone usted mi osadia,
si olvidé hablando de amores,
que nó de espinas, de flores
solo hablar á usted debia.

LUISA. No necesita perdon
quién habló espontáneamente.
Si usted el amor no siente,
porqué no es su corazon
yá susceptible de amor.

VICENTE. Lüisa, nó.

LUISA. Si tal véz
vé usted en todo aridéz;
si tiene usted que llorar
de un bien perdido la calma
y una esperanza siquiera.

VICENTE. (Y está en estremo hechicera.)

LUISA. No guarda usted yá en el alma.
Si esas dulces y divinas

emociones le hacen daño;
al hablar de amor, no estraño
que me hable solo de espinas.

VICENTE. Lüisa, usted no ha sabido
interpretar con acierto
mis frases, no está desierto
mi corazon, está herido.

LUISA. Herido de muerte?

VICENTE. Nó.

LUISA. Tiene cura?

VICENTE. Claro está.

LUISA. Y quién curarlo podrá?

VICENTE. Quizás usted.

LUISA. Yó?

ESCENA VII.

Los mismos.—DOÑA JUANA.

D.ª JUANA. *(Apresuradamente.)* Y yó,
que le hacía á usté á estas fechas
trabajando...

VICENTE. No he querido...

LUISA. (En qué ocasion ha venido.)
(Lee los periódicos.)

VICENTE. No me iré hasta que estén hechas
las elecciones.

D.ª JUANA. No entiendo...
Ah, sí, tendrá usted ganado
el distrito y descuidado
se viene usted; ya comprendó.

VICENTE. (Esta muger siempre fué
sábelo-todo.)

D.ª JUANA. *(Con intencion.)* Y qué tal?

VICENTE. Pues... no me siento muy mal.

D.ª JUANA. Nó: quiero decirle en qué
estado se halla usted con...
con la situacion.

VICENTE. Ah, vamos!
Los políticos estamos
siempre con la situacion.

(Voy á encajar cada bola
que vá á temblar el misterio.)

D.ª JUANA. Sabe usted que el Ministerio
creo que cae?

VICENTE. Hola! hola!
pues buena entónces vá á armarse!

D.ª JUANA. Eso hé dicho yó á Sempronio;
pero como es tan bolonio!

VICENTE. Cá! ya puede prepararse.

D.ª JUANA. No es verdad que debe hacer
dimision?

VICENTE. (Qué es lo que dice?)
Señora...

D.ª JUANA. Quién no predice
que al fin ha de suceder
al partido neo-católico...

VICENTE. (Qué escucho!)

D.ª JUANA. El partido medio;
y esto no tiene remedio.

VICENTE. (A mí me vá á dar un cólico
si sigo oyendo charlar
á esta muger de politica.

D.ª JUANA. y la ocasion es muy crítica.

VICENTE. Doña Juana, voy á hablar
con franqueza.

D.ª JUANA. Don Vicente,
todo cuanto usted me diga
lo sé bien. Hoy se coaliga
con la fraccion disidente
el partido moderado
y como es muy natural,
la crísis ministerial
es un hecho consumado.

VICENTE. (Ave María purísima!)

D.ª JUANA. Sempronio como está en bábia
siempre...

VICENTE. Es usted muy sábia!

D.ª JUANA. No tengo razon?

VICENTE. Muchísima.

D.ª JUANA. Presumo le habrá usted visto
yá.

VICENTE. A quien, á su esposo? sí;
poco hace le hé visto aquí.
D.ª JUANA. Si él fuera un hombre más listo!
LUISA. *(Dejando de leer.)*
Pues! lo mismo que pensaba
yó. Si esto salta á la vista.
VICENTE. (Qué?)
LUISA. El partido progresista
de dar su programa acaba.
No lo hacías imposible? *(A Doña Juana.)*
VICENTE. (Tambien ésta?)
D.ª JUANA. *(Levantándose y cogiendo el periódico.)*
Y aun lo creo.
LUISA. Pues míralo aquí.
VICENTE. (Ya veo
que esto ha cambiado. Es posible?
No le basta á la muger
ir armada de baston,
con chaleco y pantalon,
sino que se ha de meter
tambien en sí los partidos
son blancos, ó negros, ó...
Ay, ay, ay; ya veo yó
que muy pronto confundidos
nuestros fines verdaderos,
vá el hombre á llenar sus fines
remendando calcetines
y espumando los pucheros.
—Señora... *(A Doña Juana.)*
D.ª JUANA. Tan pronto?
VICENTE. Tengo
que ir al correo.
D.ª JUANA. A las tres
comemos.
VICENTE. Hasta despues.
LUISA. Vendrá usted? *(Con coquetería.)*
VICENTE. Al punto vengo.

ESCENA VIII.

DOÑA JUANA.—LUISA.

D.ª JUANA. *(Despues de contemplar á su hija que demostrará mucho enfado.)*
Qué me dices?
LUISA. Nada.
D.ª JUANA. Nada?
LUISA. Nada tengo que decir.
D.ª JUANA. Vamos, á que es el fingir?
no seas tan reservada.
LUISA. (Sí recuerdo que llegó
cuando á declararse fué!)
D.ª JUANA. Que tienes hija?
LUISA. No sé.
D.ª JUANA. Te sientes enferma?
LUISA. Nó.
D.ª JUANA. Pues algo te pasa á ti.
LUISA. No tengo nada; que empeño.
D.ª JUANA. Pues á que viene ese ceño?
Vamos, cuéntamelo á mi.
Yo que creí que estarías
tán contenta y tan.... vaya!
yá me contarás lo que háya.
Ah! muy pronto son tus dias.
LUISA. Buena noticia.
D.ª JUANA. No sabes?
Voy á hacerte un gran regalo.
LUISA. Pues: algun vestido malo;
mejor es que no lo alabes.
D.ª JUANA. No, Luisita, es un sombrero.
LUISA. Vaya una cosa! no dige?
Yo pensé que era algun dije,
alguna alhaja. No quiero
sombrero.
D.ª JUANA. Entónces, que quieres
mujer? si es de última moda,
de raso azul.
LUISA. Me incomoda
llevarlo.

D.ª JUANA. Qué tonta eres!
LUISA. Despues de haberme ofrecido
papá comprar la pulsera
de diamantes.
D.ª JUANA. Si pudiera,
ya te la hubiera traido;
pero hija mia, hazte cargo
que cuesta cuatro mil reales.
LUISA. Siempre con esas me sales!
D.ª JUANA. (Pobrecilla!)
LUISA. Y sin embargo
ahí están Lola y su yerno
y Juanita y Sandoval:
todos gastan un tren real.
D.ª JUANA. (Y deben más que el Gobierno.)
Conque la pulsera era
la causa de tu tormento?
Qué inocente eres! Presiento
que vás á tener pulsera.
LUISA. Sí?
D.ª JUANA. Y aderezos y esmaltadas
sortijas de oro y brillantes.
LUISA. Ay qué gusto! Y cuando?
D.ª JUANA. Antes
de poco sino te enfadas.
LUISA. Yó enfadarme? qué locura!
No mamá, de ningun modo.
D.ª JUANA. *(Acariciando y arreglándola el pelo.)*
Has de estar muy fina en todo
para dar á tu hermosura
mayor realce. Porqué
no te pones una flor?
Aquella lo hará mejor.
LUISA. María? Tal vez esté
dándole á la aguja yá.
Ella así se halla en su centro.
D.ª JUANA. Véte á buscarla allá adentro.
LUISA. *(Besando á Doña Juana y con trasportes de alegría.)*
Conque todo eso mamá?

ESCENA IX.

DOÑA JUANA.

Qué buena es; qué inocente!
Cada dia está mas bella.
Si no se enamora de ella,
es de estuco Don Vicente.

ESCENA X.

DOÑA JUANA.—VICENTE, DON SEMPRONIO.

(Los segundos entran del brazo, abatidos.)

D.ª JUANA. Hola! me alegro infinito
que estén ustedes de vuelta
yá, con eso comeremos
en seguida.
D. SEMP. *(A Vicente.)* (Qué lo sepa
es mejor.—Pobre María,
su desventura es inmensa!)
D.ª JUANA. (Qué estarán cuchicheando?)
VICENTE. Yó mismo se lo diré á ella.
D.ª JUANA. (Si mi marido fuera otro,
en esta ocasion pudiera
lograr su fortuna; vaya!
No chupan otros la breva
haciéndose contumaces
políticos de reserva,
que están á la husma, y al cabo
se ván al sol que calienta?
—Pero que estarán diciendo?)
Señores, ya está la mesa
esperándonos.
D. SEMP. Juanita,
traemos muy malas nuevas.
D.ª JUANA. Que dices, Sempronio? habla.
Algun cambio, alguna buena
que habrán hecho los Señores

de la oposicion. Si ya esa
me la tenia tragada!

VICENTE. (Jesus que muger tan pécora.)

D.ª JUANA. No te estaba yo diciendo
Sempronio que dimitieras?
Y tu nada. Toma, toma,
ahí tienes las consecuencias.

D. SEMP. Muger, si no es nada de eso.

VICENTE. (Doña Juana me revienta)

D. SEMP. Es otra cosa aun mas triste.

D.ª JUANA. Mas triste?

D. SEMP. Y mucho mas séria.

D.ª JUANA. Cielos una cesantía!
Ya lo comprendo. Y yo necia
no habia dado en el quid!
Qué desgracia tan funesta!

D. SEMP. No es eso, muger.

VICENTE. Señora,
desgracia es y bien horrenda
la que hoy amaga á esa niña

D.ª JUANA. Como?

VICENTE. A María que queda,
cuando aun no tiene quince años
á las desgracias espuestas
de un mundo que el bien destruye;
pero que el mal no consuela;
de un mundo que al ver un ángel
de candor y de inocencia,
de esos que vagan á veces
envueltos en la miseria,
le tiende una mano que aja
su virtud y su pureza.

D.ª JUANA. Conque María!

VICENTE. Hace un mes,
Señora, que se halla huérfana.

D.ª JUANA. Qué desgracia! Pero cuándo
se ha sabido, si hoy mismo ella
ha recibido una carta
de su familia, diciéndola
que su padre se encontraba
enfermo; pero que no era

cosa de cuidado?

D. Semp. Justo,
que esas cosas no se espetan
á boca de jarro; en cambio
me ha escrito á mi Su Excelencia
el Gobernador, diciéndome
c por b todo, y que vea
de preparar á María
y hacerme cargo.....

D.ª Juana. (*Á Don Sempronio*) (Esa es buena;
hacerte cargo, de qué?
ya estoy viendo la tormenta:
hacerte cargo de la otra;
no hay suficiente con esta?
no tenemos nuestra hija?

D. Semp. Muger, si nunca me dejas
hablar, si siempre me robas
la accion.

D.ª Juana. Si yó no supiera
lo que eres!

D. Semp. (Ay qué martirio!)

Vicente. (*Que se habrá estado paseando.*)
(Qué muger tan estupenda.)

D.ª Juana. Y bien, señor Don Vicente,
que hacemos?

Vicente. Guardar reserva;
no decir una palabra
por donde traslucir pueda
nada Luisa. Yó me encargo
de ahorrar á la pobre huérfana
el mayor dolor posible.
Todo de mi cargo queda.
Es un deber. Yo estoy solo,
huérfano, tambien, como ella,
y el mundo rechazaría
que en mi casa la tuviera;
pero en cambio tiene á ustedes.

D.ª Juana. Don Vicente, y quien lo niega?

Vicente. Nadie, señora; por eso
dige tambien.

D.ª Juana. Y la prueba

está en que vá á hacer un año.
VICENTE. Bien señora.
D.ª JUANA. Que se encuentra
con nosotros, y que diga.
VICENTE. Pero yó...
D.ª JUANA. Si está contenta.
VICENTE. Pero si yó....
D.ª JUANA. Y ahora mismo
me encuentro tambien dispuesta
á demostrarlo, admitiendo
en mi casa á la otra huérfana.
(Vicente hace ademanes de impaciencia.)
D. SEMP. (Mujer, pues no habias dicho?)
D.ª JUANA. (Calla, que eres un babieca.)
VICENTE. Señora, sí yó no dudo;
si sé que es usted muy buena.
D.ª JUANA. Mil gracias.
VICENTE. No las merece.
D.ª JUANA. Si las merece
VICENTE. Pues sea.
Lo que he querido decirla,
es que mi deber me ordena
mirar por María, darla
los consuelos que requiera
su situacion angustiosa;
prestarla.....
D.ª JUANA. Eso es una ofensa,
Vicente, fuera muy bueno
si ella acaso careciera
de alguna cosa; que diga
á ver.....
VICENTE. (Que muger tan terca!)

ESCENA XII.

Los mismos.—MARIA.—LUISA.

(Al aparecer Maria, Vicente vuelve á pasear y Don Sempronio retira un poco la butaca á fin de evitar la mirada de aquella.)

LUISA. Vaya una necia manía

como si luego no hubiera
tiempo de escribir cien cartas.

MARÍA. Pero como hay tantas leguas
y no se reciben todos
los dias correspondencia
quiero aprovechar el tiempo.

LUISA. Dale y sigue con su tema!

MARÍA. Bien, muger, no te incomodes,
la escribiré cuando quieras;
si ya sabes que es mi gusto
complacerte, ¿qué deseas?
dimelo al momento Luisa
y ya verás que contenta
me afano en satisfacer
tus caprichos.

LUISA. No me vengas
á mi con esas pamplinas,
hija, que no soy tan necia.
Si tu á veces me complaces,
si á veces no eres tan terca,
es porque al fin reconoces
que tengo razon; por esa
causa te avienes á todo
sino de grado, por fuerza)
(Se dirige á hablar á Vicente.)

MARÍA. (Siempre igual, tan desdeñosa!
Con su continua aspereza,
no vé que aun hace mas tristes
los dias de mi existencia.

LUISA. (*A Vicente.)* Y habrá usted tambien notado
una variacion inmensa
en Madrid

VICENTE. *(Siempre distraido)* Si.

LUISA. De su pueblo
á la Corte hay diferencia.

VICENTE. Figurese usted.

LUISA. Las pollas
de allí vestiran con fecha
algo atrasada, no es cierto?

VICENTE. No sé..... visten con decencia.

LUISA. Parecerán cualquier cosa;

já, já, já, ya estarán buenas!
No es verdad mamá!

D.ª JUANA. *(Dejando de hablar con D. Sempronio.)*
Qué?

LUISA. Digo...

VICENTE. (Ese sarcasmo me hiela.
Que mal vienen esas risas,
con las lágrimas que esperan
á esa niña infortunada.
Y es preciso que lo sepa;
mas... quien se atreve á decírselo
que medir su dolor pueda?
Desgracias hay en la vida
mas que la muerte funestas!)
María!

MARÍA. Vicente?

VICENTE. Noto
en usted cierta tristeza.
(Présago su corazon
quizás sus males lamenta.)

MARÍA. No, Vicente, es mi carácter;
aunque tambien, no son buenas
las noticias de Canarias:
papá algo enfermo se encuentra;
pero en cambio Laura dice
que le veré pronto y esa
consoladora esperanza
de alegria me enagena.

D. SEMP. *(Que habrá vuelto la cabeza varias veces conmovido al oir á María.)*
(Juana vámonos de aquí,
me contrista su presencia.)

D.ª JUANA. (Jesus, no pareces hombre;
todo te asusta y te altera.
Mas lo siento yó mil veces.)

D. SEMP. (Paciencia, Señor, paciencia!)

LUISA. *(Mirándose al espejo.)*
(No lo dije? qué bonita!
vaya una rosa bien puesta!
Cosas de esa; qué muchacha!
Solo sabe hacer calceta

y poner la ropa toda
que parece una alambrera
á veces, de repasarla,
y de zurcirla y moverla!)

MARÍA. Pienso escribir á mi hermana
despues de comer, diciéndola
que está usted aqui; de fijo
se vá á alegrar; es tan buena!
Pues y papá! Cuántas veces
nos habló siendo pequeñas
de usted! Vicente—decia
casi ahogado por la pena,
se queda solo en el mundo:
qué le sirven sus riquezas!

VICENTE. (Oh cuánta razon tenia!)

MARÍA. Sabe usted lo que quisiera?
que usted en mi misma carta
le escribiese cuatro letras
á papá. El pobre está enfermo!

VICENTE. (Tengo un nudo que me aprieta
en la garganta, qué me ahoga.)

MARÍA. Mas... que turbacion es esa?
Dios mio! Vicente.

VICENTE. *(Cada vez mas conmovido.)* Nada.

MARÍA. Que tiene usted? Ah, qué idea!
Usted sabe alguna cosa
de mi familia, no mienta.

VICENTE. Maria... nó...

MARÍA. A qué ocultármelo!
(Dirigiéndose á Don Sempronio que se levanta aturdido.)
Dígamelo usted.

D.ª JUANA. *(Interponiéndose.)* No seas...

MARÍA. Dios mio! mi padre ha muerto,
el alma me lo revela!
(Cae desfallecida en un sillon.)

LUISA. *(Que se habrá quedado suspensa con la rosa en la mano al ver las demostraciones de María. —A Doña Juana.)*
Vés que cosas se le meten
á esa chica en la cabeza.

D.ª JUANA. (Pobre hija mia, no sabe
que es la verdad!)
LUISA. *(Acabándose de poner la rosa.)*
Ya está puesta.
Sienta bien, mamá?
D.ª JUANA. Muy bien.
(Parece toda una reina.)
VICENTE. Vamos, valor! Dios protege
al huérfano que en la tierra
se encuentra desamparado.
Dios proteje la inocencia.
Usted cuenta con amigos
que la aman, que la respetan;
usted cuenta.... *(Tendiendo una mirada en derredor.)*
con mi afecto;
con mi amistad verdadera.
Yó velaré por usted
cual por mi propia existencia.
D. SEMP. Digno proceder, sublime!
LUISA. Vaya una bonita escena!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA I.

DON SEMPRONIO, DOÑA JUANA.—*El primero recostado en una butaca.—La segunda sale aceleradamente.*

D.ª JUANA. Pero, Sempronio, es posible
que de ese modo te encuentre
á las diez de la mañana,
cuando todo ser viviente
anda ya por esas calles
corriendo tras sus quehaceres?
Así no dudo que salga
todo mal, y que se lleve
nuestros planes el demonio.
Vamos eres... no sé que eres.

D. SEMP. Ni yo tampoco; es decir,
soy un marido paciente
que sufre y sufre y se calla.

D.ª JUANA. Pero vamos á ver, quieres
negar que tengo razon?

D SEMP. Quién yó? cá! precisamente
hace tiempo formé empeno

de darte la razon siempre
para evitar dramas.

D.ª JUANA. Cómo!

D. SEMP. Así quedan en sainetes
nada más.

D.ª JUANA. Vente con bromas,
que la ocasion lo requiere.
—Formulaste aquello?

D. SEMP. Aquello
ya formularse no debe.

D.ª JUANA. Pues no digiste que harías?...

D. SEMP. Sí, más despues D. Vicente...

D.ª JUANA. Válgame la Vírgen santa,
Válgame Dios que hombre éste!
Pero no me habias dicho,
Sempronio, que ibas á verte
con el Director?

D. SEMP. Y bueno!

D.ª JUANA. Y no era cosa corriente
lo de dimitir.

D.ª JUANA. Ten calma,
escúchame y no chochées.

D.ª JUANA. Quien chochear no debiera
eres tú, tú que pareces
un viejo chocho, y estoy
harta ya de tus chocheces.

D. SEMP. No alces la voz, no reparas
que aun está convaleciente,
María, la pobre huérfana,
y que molestarla puedes?

D.ª JUANA. Ajajá!... mucho cuidado,
mucha atencion con la gente
que es de fuera; en tanto á Luisa
tratarla como si fuese
una estraña.

D. SEMP. Pero dime,
por ventura ella padece
como María?

D.ª JUANA. Tambien.

D. SEMP. Y vamos á ver, qué tiene?

D.ª JUANA. Tiene que está resentida

contigo?

D. Semp. Perfectamente.

D.ª Juana. Y no creas que le falta
razon.

D. Semp. Mucha! como siempre.

D.ª Juana. Nunca la complaces, nunca
la obsequias.

D. Semp. Vamos, tu quieres
decir que no la regalo
la pulsera?

D.ª Juana. Justamente.
Porque no darla ese gusto
en sus dias? aunque cueste
un pequeño sacrificio.

D. Semp. Es claro, y mientras que ruede
la bola, vamos trampeando
y venga lo que viniere.

D.ª Juana. Siempre tan pobre de espíritu!
de ese modo como quieres
ser nunca nada, elevarte
al nivel de muchos entes
que están con ménos motivos
á una altura sorprendente?
Qué eran esos que hoy son tanto?
Ménos aun de lo que tú eres.
Te paras en lo que cuesta
una alhaja que pretende
nuestra niña, sin ver que eso
á todos nos favorece.

D. Semp. Eso es lo que no comprendo.

D.ª Juana. Pues si tú no lo comprendes
yo sí. Acaso te figuras
que ha de ir Luisa hecha un pelele?

D. Semp. Pero muger...

D.ª Juana. No por cierto,
irá vestida cual debe
y con arreglo á su clase.

D. Semp. (Qué martirio!)

D.ª Juana. Y si otro fueses
mucho más lujo gastára,
y así como otras le tienen

tendria coche y....

D. Semp. Juanita,
Juana, por Dios, no te alteres!

D.ª Juana. Pero lo tendrá, no es tarde,
lo tendrá.

D. Semp. Bueno, corriente,
lo tendrá (que aguarde un poco)
pero mientras tanto vente
á la razon. Yo no digo
que vaya mal; pero tiene
muy poca gracia que gaste
mucho más de lo que puede;
ni que haga lo que ayer hizo,
escandalizar al verse
contrariada en sus deseos
por la alhaja que pretende.
El lujo no lo hace todo,
es lo menos. Las mujeres
pueden lucir otras prendas
que sin ser de lujo, suelen
ser más bellas á los ojos,
del hombre que las pretende,
que cuantas dicta la moda:
esas prendas duran siempre.
Tú no ves como las luce
María contínuamente?

D.ª Juana. Dále con María, dále;
cuándo querrá Dios que dejes
de hablarme de esa muchacha?

D. Semp. No hablaré. (Cómo le escuece!)

ESCENA II.

Los mismos.—Vicente.

Vicente. Señores, muy buenos dias.

D.ª Juana. Aquí está ya Don Vicente;
él nos sacará de dudas
y ahora veremos quien tiene
razon.

Vicente. Sepamos que es ello.

D. Semp. Le ruego á usted que no preste gran cuidado. Es el asunto de anoche.

Vicente. Ah, si.

D.ª Juana. No, no es ese; no es la pulsera; el negocio varía, y mucho, de especie.

Vicente. Usted dirá Doña Juana.

(Se sientan los tres.)

D.ª Juana. Vá usted á hablar francamente.

Vicente. Nunca obré yó de otro modo.

D.ª Juana. Pues, señor, hablando aquí entre nosotros, es una lástima que sin mas ni mas se dejen escapar las ocasiones oportunas, en que puede conseguirse alguna cosa. Me esplico?

Vicente. Perfectamente.

D.ª Juana. La política es un juego...

Vicente. (Ya pareció aquello.) Dispense usted, señora, que ataje su peroracion.

D.ª Juana. Soy breve. Yá hablamos el otro dia de lo que Sempronio puede hacer, comprendido el rumbo que la situacion presente lleva.

Vicente. Señora permítame usted que rectifique ese....

D.ª Juana. Concluyo al punto. Sempronio que peca ya de indolente y es mas variable que el aire, porque nunca se resuelve á nada....

D. Semp. Son galanteos de mi esposa, Don Vicente.

D.ª Juana. Son verdades. Pero vamos, ahora á lo que mas conviene. Sempronio, digo, resuelto

á dimitir, hoy no quiere
hacerlo.

VICENTE. Muy bien pensado.

D.ª JUANA. Qué dice usted?

VICENTE. Lo que siente
mi corazon.

D.ª JUANA. Pues no dijo?....

VICENTE. Doña Juana amiga, présteme
usted atencion si gusta
que yo tambien seré breve.
La política es un medio
de que se valen á veces
ciertos hombres ambiciosos
para medrar.

D.ª JUANA. Justamente:
lo mismo que le decia
no hace dos minutos á este.

VICENTE. Mas los que asi bastardean
la noble mision que tiene
la política llamada
á regir los intereses
del Estado, no son dignos
sino del desprecio.

D. SEMP. *(A su muger, á quien habrá estado llamando la atencion, burlándose.*
(Vuelve
por otra.)

VICENTE. Y la tal política,
que á usted preocupada tiene,
sin conocer sus arcanos,
suele dar bastantes veces
petardos atroces; esto
á los mas inteligentes,
que á los que no son muy duchos,
figurése usted, los pierde.
(Creo que habrá comprendido
mi franqueza.)

D.ª JUANA. Usted no entiende
lo que yo quiero decirle.

VICENTE. Si, señora, enteramente;
y por eso, yo que ansio

la felicidad de ustedes,
basta que el lazo sagrado
de la amistad nos estreche,
pretendo hacer que no caigan
en ese abismo, que pueden
sondear sin riesgo alguno
solo los que no dependen
de nadie.

D. SEMP. Justo, bien dicho.

D.ª JUANA. Pues yo, señor Don Vicente
no estoy conforme; usted mira
la cuestion bajo otra especie.
Usted está de la parte
de afuera y....

VICENTE. Eso es diferente
señora, yo ignoro las
circunstancias que pueden
mediar en esto. Si se halla
Don Sempronio formalmente
comprometido, ó si cuenta
conque el cambio que prevee
usted, es cosa infalible...

D. SEMP. *(A Doña Juana.)* Vés Juana!...

D.ª JUANA. No me impacientes.)

VICENTE. Y si además los sucesos
pueden aguardar ustedes
tranquilos y desahogados.

D.ª JUANA. Todo eso es indiferente.

D. SEMP. *(A Doña Juana.)*
(Y entretanto qué comemos?)

D.ª JUANA. (No hagas, Sempronio que truene.)

VICENTE. Por supuesto dando en cuenta
que al dimitir de esa suerte,
mas que la idea del lucro
la de su opinion sustente
Don Sempronio; esa es la única
que al buen político debe
servir de norma en sus actos.

D.ª JUANA. Pues otros muchos no suelen
obrar asi y lo que pasa
es que están divinamente

comiendo del presupuesto
á fuerza de hacer pasteles.

VICENTE. Y es esa una razon lógica
para que nadie se apreste
á imitar lo que imitarse
cuando hay conciencia, no debe?

D. SEMP. (Chúpate esa.)

D.ª JUANA. No me aturdas
con esas bromas... Ay! tienes
que acabar con mi existencia! *(Llora.)*

VICENTE. Pero, señor, á qué es ese
llanto?

D. SEMP. *(Levantándose.)* (Paró en aguacero
la tempestad.) Son repentes
que á esta le dan á menudo.
(Todo es de corage al verse
contrariada en sus deseos.
Válgame Dios, que mugeres!)

VICENTE. Vámos, si eso no fué nada.

D.ª JUANA. Ha de causarme la muerte.

VICENTE. Qué disparate, señora;
pues si él por usted se muere!

D. SEMP. *(Acercándose á su esposa.)*
Ya lo sabe mi Juanita
que yo la quiero.

D.ª JUANA. Insolente.
haberme obligado!...

VICENTE. Vamos,
Doña Juana, no merece
eso la pena...—Y Luisita?
por donde diablos se mete
que no la veo ni la oigo?

D.ª JUANA. *(Cambiando de aspecto y demostrando alegría.)*
Luisita? probablemente
estará en la cama.

VICENTE. Calla!
enferma?

D.ª JUANA. Nó no se suele
levantar siempre á estas horas.

VICENTE. A las doce? (Lindamente;
pues madruga!)

D.ª JUANA. Voy á darla
su recuerdo. Ella no puede
vestirse sino la ayudo.
VICENTE. (Muy bien!)
D.ª JUANA. Al momento viene. *(Váse.)*
VICENTE. Vaya usted á consolarla.
D. SEMP. *(Compungido.)*
Y á mí, no hay quien me consuele?

ESCENA III.

VICENTE, MARÍA.

MARIA. Debo á Luisa sorprender
con eso que tanto ansía
y con lo cual la alegría
podrá á esta casa volver.
Por una alhaja sentir
y padecer de ese modo!
Yo que lo he perdido todo!..
No saben lo que es sufrir!..
VICENTE. (Es un marido escelente
y una mujer singular.
—María. Al verla penar
no sé lo que el alma siente.)
(Baja al proscenio.)
MARÍA. Es usted? (Que á tiempo llega!)
VICENTE. Gracias á Dios que ya veo
realizado mi deseo.
MARIA. Y cual?
VICENTE. El ver que no anega
su rostro de usted el llanto.
Siento un placer indecible.
MARIA. Es que eso ya no es posible,
Vicente, he llorado tanto!
VICENTE. Pobre María es verdad,
mucho ha llorado usted, mucho.
MARÍA. Y en la agonía en que lucho
en medio de mi orfandad,
ya que tanto es mi dolor
y tanto mi desconsuelo,

para alivio de mi duelo
lágrimas pido al Señor.

VICENTE. No olvide usted que El ha sido
quien á su padre adorado
de este mundo ha arrebatado.

MARÍA. Y como darlo al olvido!
De aquí le llevó hácia un mundo
mas bello, mas esplendente,
dejándome únicamente
miseria y dolor profundo.

VICENTE. Eso es María dudar
de la clemencia de Dios;
quién de la fé marcha en pos,
la dicha al fin suele hallar.
Aunque huérfana usted se halla,
le restan buenos amigos,
que de sus penas testigos
las siente mucho.

MARÍA. Eso acalla
algun tanto el sufrimiento
que me agovia; mas Dios mío!.....
la orfandad deja un vacío
tan grande!.....

VICENTE. Y yó que lo siento
hace tantos años yá;
yo que al sentir dulcemente
los sueños de gloria ardiente
que el noble entusiasmo dá;
cuando aun el alma no habia
gozado de esa dichosa
edad de amor, vi en la fosa
hundirse todo, María!
Yo que errante peregrino
por ese mundo corriendo,
he ido solo recogiendo
desgracias en mi camino;
que en mis tristes aflicciones
no hallé un afecto sincero;
que aunque rico de dinero
soy muy pobre de ilusiones!
cuanto habré tambien sentido

ese vacío en el alma!
y sin embargo aun la calma
ni la esperanza he perdido.

MARÍA. Es que aunque de igual manera
nuestra desgracia varía;
es que es mas grande la mía.

VICENTE. Mas grande?.

MARÍA. Y mas duradera.
Usted aunque despojado,
como yo, de ese amoroso
dulce afecto, el mas grandioso
que siénte el alma, inspirado
por algun ser puro y bello
vislumbrará usté un destello
de dicha; mas yo Vicente!
pobre y sola y sin tener
mas porvenir que el dolor;
sin un recuerdo de amor
que me haga grato el ayer;
sin una esperanza hoy
que me halague y que me anime;
qué será de la que gime,
huérfana, cual yó lo estoy?

VICENTE. (Al oirla se acrecienta
la compasion que me inspira.)
Bien, sí; más usted se mira
tan desgraciada y aumenta
de su vida el sufrimiento,
sin comprender que aun existe
quien esté por usted triste,
quien sufra con su tormento.
Estos señores no son
agenos á sus dolores.

MARÍA. Ah!. . son muy buenos señores.
(Sufre y calla corazon!)

VICENTE. Luisa...

MARÍA. Es un ángel, lo sé.

VICENTE. —Y á propósito, quisiera
que un favor usted me hiciera.

VICENTE. Un favor? y qué no haré
que usted, María, me mande?

MARÍA. Exijo á usted el secreto
ante todo.
VICENTE. Lo prometo.
MARÍA. Francamente, no es muy grande
la confianza que abrigo
para esto con las criadas.
Son cosas tan delicadas!...
Usted es muy buen amigo...
y aunque yo no me atrevia...
VICENTE. No atreverse? eso es dudar...
MARÍA. Nó.
VICENTE. Sírvase usted hablar,
MARÍA. Pues bien; mañana es el dia
de Luisa.
VICENTE. Efectivamente
MARÍA. Ella es mi amiga y yo debo
hacerla un obsequio.
VICENTE. Apruebo
la idea de usted.
MARÍA. Vicente,
cuando una se vé colmada
de favores, es virtud
demostrar su gratitud;
sin la gratitud no hay nada.
Por eso ansío probar
mi agradecimiento aquí.
VICENTE. (Nobleza tal nunca ví.)
Y qué debo hacer?
MARÍA. Cambiar
estas alhajas, que apenas
me sirven, por otra cosa.
VICENTE. Sí, por una alhaja hermosa
causa de todas las penas
que hoy afligen á Luisita.
MARÍA. Cómo! está usted enterado?
VICENTE. Sí, ya de eso me han hablado.
MARÍA. Pobre Luisa!
VICENTE. Pobrecita! *(Con ironía.)*
MARÍA. Verla triste me disgusta
y ya que puedo agradarla
con eso, quiero obsequiarla.

VICENTE. La idea de usted me gusta.
MARÍA. Y cómo vá á sorprenderse!
Es tan bella Luisa!
VICENTE. Sí...
MARÍA. A usted no le gusta?
VICENTE. A mí?
vaya! sabe componerse
muy bien.
MARÍA. Si desea usté
verme feliz, no la olvide
nunca, nó?
VICENTE. Bah, usted me pide
lo que es muy justo y lo haré.
MARÍA. Gracias.—Ahora lo que ansío
es la pulsera.
(María alarga unas joyas á Vicente que este rechaza.)
VICENTE. Al momento
la tendrá usted.—No consiento.
MARÍA. *(Con entereza.)*
Yo confiaba y confío,
Vicente, en que al molestarle,
no herirá mi dignidad.
VICENTE. *(Guardándose las joyas.)*
Perdone usted. (Es verdad!)
MARÍA. En cambio prometo hablarle
de Luisa continuamente.
VICENTE. De Luisa? La causa no hallo.
MARÍA. La causa... yo me la callo.
VICENTE. Adios, pues.
MARÍA. Adios Vicente.

ESCENA IV.

MARÍA.

Madre mia, no me arguyas
si á despojarme hé llegado
de esas alhajas, legado
de tu cariño. Eran tuyas
y conservarlas debí!

Mas otro deber me obliga;
Luisa padece, es mi amiga.
Luisa mi amiga!... ay de mí!...

ESCENA V.

María, Luisa.—*La segunda sale en trage de mañana. En su porte se notará siempre la misma afectacion y el mismo desden hácia María.*

Luisa. (Es estraño. Aquí no está.
Mamá de decirme acaba
que impaciente me aguardaba...
si se habrá marchado yá?)

María. (Qué gesto! Me dá temor
hablarla. Sin duda busca...

Luisa. (Esta salida tan brusca...)

María. (Ya adivino su dolor.)
Luisa?

Luisa. Tú aquí.

María. Te sorprende?

Luisa. Como dejas tus faenas!...

María. Díme, que tienes, qué penas
te oprimen?

Luisa. No te comprendo.

María. Tu mal no se me oscurece.
Qué entónces la amistad fuera
si adivinar no supiera
cuándo el corazon padece!
Tú tienes algun pesar,
y aunque intentas ocultarlo,
hé sabido adivinarlo.

Luisa. Pues es mucho adivinar.

María. Quizás dices con razon,
Luisa, que no me comprendes;
tú este lenguaje no entiendes
de mi pobre corazon;
tú no sabes lo que siento,
lo que sufro al verte así
tan retraida de mí.
No me quieres?

Luisa. (Qué tormento!)

MARÍA. Mi cariño necesita
de tu confianza ciega;
tan grande es mi amor, que llega
al que en tu pecho palpita.
—Sí, Luisa, en vano el deseo
te obliga á ocultar...

LUISA. María!

MARÍA. Ahora mismo en tu agonía
un suspiro ahogado leo.
—Vicente...

LUISA. Marchóse ya?

MARÍA. (Cómo el motivo acerté
de su dolor!) Sí, se fué;
pero pronto volverá.

LUISA. Le viste acaso? te habló?

MARÍA. Cuánto le amas!

LUISA. No lo niego:
es rico, elegante...

MARÍA. Y luego
de un alma Dios le dotó
tan bella, tan generosa...

LUISA. Su posicion elevada...

MARIA. No vale, Luisa, eso nada.

LUISA. Te parece poca cosa?

MARÍA. No es eso: quise decir,
que su elegancia y riqueza
no pueden con la nobleza
de su pecho competir;
que vale más, mucho más
que todo, su sentimiento.

LUISA. Voy viendo que en tu ardimiento
entusiasmándote vas.

MARIA. No te estrañe Luisa mia;
mi amistad le debe tanto!...
El fué el primero que el llanto
enjugó de mi agonía.
Tú sabes ya cuan vehemente
fuera su dolor al ver
mi orfandad... qué debo hacer
sino ensalzar á Vicente!
Luego, por tí tambien lo hago.

LUISA. Por mí?
MARÍA. No suena en tu oido
este elogio merecido,
cual dulce y sonoro halago?
LUISA. Mas su conducta me estraña.
Salir así... tan de prisa
sin verme, ni hablarme...
MARÍA. Luisa,
duda tan terrible daña
tu corazon. No quererte
siendo tan pura, tan bella!
No, Luisa, tu buena estrella
feliz te dará la suerte.
Yo te lo auguro. Entusiasta
de lo bueno, él te amará,
amor en tí encontrará
y eso á Vicente le basta.
LUISA. No hay que olvidar que aunque és
diputado por Valencia,
en obtener la influencia
de papá tiene interés;
y con mi cariño, acaso
apoyo mútuo demande,
que aunque el suyo fuera grande
no sería el nuestro escaso.
Papá vá á ser Director
y Director general:
la posicion es igual;
tal vez la mia es mejor.
MARÍA. (Oh, cuánto me hace sufrir
cuando esta cuestion entabla!)
LUISA. (Que sepa si de ello le habla
que podemos competir.)
MARÍA. Que poco creo has llegado
el pensamiento á entrever
de Vicente, á comprender
su corazon elevado!
No Luisa, las almas nobles
que aman como debe amarse,
no pueden, no, sugetarse
nunca á esos cálculos dobles.

Yo comprendo esa pasion
que nace del alma tierna,
cuando es como el sol eterna,
grande cual la creacion;
cuando al sentirse en el pecho
con inquieto afan profundo
el ámbito de este mundo
al corazon viene estrecho;
cuando vá del bien en pós
sin cálculo, ni egoismo;
cuando vive de si mismo
y alza su vuelo hasta Dios.
(Así acariciando está
sin cesar el alma mia.)

LUISA. Cualquiera, chica, diria,
que ardes en amor, já, já.
Llegaste acaso á sentirlo!

MARIA. El alma que es buena y siente
algo de ese amor presiente
mucho ántes de concebirlo.

LUISA. Te encuentro muy sentenciosa!...
cuando no cocineando
siempre estás sermoneando.

MARÍA. Hablemos, pues, de otra cosa.

LUISA. Quiero estudiar. *(Se dirije al piano.)*

MARÍA. Me voy pues.

LUISA. Vas á hacer media? *(En tono burlesco.)*

MARÍA. Aun no es hora.
(Sufre corazon y llora.) *(Váse.)*

LUISA. *(Con marcado desden.)*
Que chica tan tonta es.

ESCENA VI.

LUISA.

Inquieta estoy. Ya deseo
que se declare, es preciso.
Le encuentro tan indeciso!
Tendrá temor? no lo creo.
Aunque en un pueblo nacido

no es natural que le asombre
un lance de amor á un hombre
que tanto el mundo há corrido.
Y él me ama, que duda tiene?
sus palabras insinuantes
así lo espresaron ántes.
El me ama, sí; mas conviene
seguir por si acaso en todo
los consejos de mamá.
Indiferencia! él vendrá
á mis pies; ese es el modo.
Con cierto lujo y desden
haré que su alma se encienda,
y en la amorosa contienda.
veremos quien vence á quien.

ESCENA VII.

MARÍA, D. SEMPRONIO.—*D. Sempronio sale en trage de calle poniéndose el sombrero.*

D. SEMP. (Gracias á Dios que ya estoy
libre un momento,—qué arpía!
Calla! eres tú, hijita mia?
(A hacerla un cariño voy.)
Se ha pasado ya el nublado?
Vamos tonta, por qué escondes
el rostro?.. No me respondes?...
(Pues señor, no se ha pasado.)
—Vas á estudiar?

LUISA. No lo sé.

D. SEMP. (Qué deliciosa respuesta!)
—Es que te hallas indispuesta?
(Cual su madre. Ya se vé
tienen fija en la mollera
la pulsera de diamantes,
y á mí me trituran, ántes
que comprarle la pulsera.
Y aunque quisiera, señor,
tengo yo dinero acaso?
Mi mujer sale del paso

pidiendo á rédito... horror
me dá pensar ese medio
que me tiene en la agonía!
Si me dan otra sangría
me muero sin mas remedio.)
—Vamos, déjate querer.

LUISA. No tengo gana de bromas.
Déjame.

D. SEMP. Vaya, que tomas
unas manías mujer!
Vénte á la razon.

LUISA. No quiero.

D. SEMP. Qué contestacion á un padre!...
(Y hay razon: es de su madre
un retrato verdadero
y en todo á su madre copia.)
Conque dices?...

LUISA. Qué fastidio!

D. SEMP. En vano con ella lidio;
en vano, es su madre propia.
—Hija mia, te contemplo
bien infeliz si prosigues
tan terca. Porqué no sigues
de María el buen ejemplo?

LUISA. Papá!

D. SEMP. No te alteres hija.

LUISA. Vaya un modelo lucido!

D. SEMP. Como el mas bello y cumplido
permíteme que le elija.
—Su modestia...

LUISA. Es fingimiento.

D. SEMP. Su cariño....

LUISA. Impertinente.

D. SEMP. Su talento....

LUISA. Justamente,
sobre todo su talento.
Vamos, al oirte hablar
así, la bilis se exalta;
pues yá para lo que falta
colócala en un altar.

D. SEMP. Eso no; bueno sería

rendir tanta adoracion
á un sencillo corazon
como lo es el de María.
Quédese en buen hora toda
admiracion, para aquellas
que siguiendo falsas huellas
rinden su culto á la moda.

LUISA. Papá!

D. SEMP. Te causo impaciencia?

LUISA. No.

D. SEMP. Te irritas?

LUISA. No y nó,
pues qué, entre María y yó,
no hay alguna diferencia?

D. SEMP. Diferencia!...

LUISA. Si en verdad:
por mas de un título existe;
cuándo hice un papel tan triste
yo nunca en la sociedad?
Vaya una lámina hermosa!
Sobre todo, lo que tiene
es muy buen gusto; previene
desde luego á cualquier cosa!

D. SEMP. Já, já, ja,

LUISA. Cuándo en mis dias,
me viste prendida así?

D. SEMP. Es verdad, nunca te ví.
Já ja.

LUISA. Pero no te rias.

D. SEMP. Me chocas tanto, já, ja. *(Risa prolongada.)*

LUISA. *(Con enfado, tirando una silla al marcharse.)*
Me marcho de aquí.

D. SEMP. Qué modo!

LUISA. *(En tono de amenaza.)* Voy á decírselo todo,
todo, ahora mismo, á mamá. *(Váse.)*

D. SEMP. Ella, sí, te hará justicia.
—Me voy, no vengan las dos
buscándome.—Santo Dios!...
qué delicia, qué delicia!...
(Se dirige á la puerta del fondo y al salir tropieza con Vicente.)

ESCENA VIII.

D. Sempronio, Vicente.

Vicente. Donde diablos tan corriendo?
D. Semp. Con rumbo á la Direccion.
Vicente. Mucho tino y discrecion.
D. Semp. (Si estará ya conociendo
la intencion que alli me lleva?)
Vicente. No hay que fijarse en un plan.
D. Semp. Soy acaso algun Adam?
Vicente. *(Intencionalmente.)*
Como nunca falta una Eva!
D. Semp. (Este habla por mi mujer
que es la Eva que el cielo quiso
darme; mas... y el paraiso?
—Por si acaso, bueno es ver
venir, y si á tiempo llego
para dimitir... más cá!...)
(Se queda pensativo.)
Vicente. *(Dándole una palmadita en el hombro.)*
Lo dicho, dicho.
D. Semp. Ya, ya.
—Con que hasta luego.
Vicente. Hasta luego.

ESCENA IX.

Vicente, María.

Maria. Vicente?
Vicente. Ya está cumplido
su encargo de usted, María.
María. Cuánta bondad!
Vicente. Oh, no es poca
la de usted, cuando se digna
ocuparme en su servicio.
María. Mil gracias. La pobre Luisa,
cuando mañana se vea
con la alhaja que motiva

su mal humor, vá á volverse
creo, loca de alegría.
Le encargo á usted sobre todo
que nada de esto le diga.

VICENTE. Lo prometo.

MARÍA. La sorpresa
verá usted, vá á ser cumplida.
Por supuesto que será
la que ella quiere.

VICENTE. La misma
debe ser, con otra creo
que no puede confundírsela.
Usted juzgará por ella
del gusto que tiene Luisa.

MARÍA. *(Mirando la pulsera.)*
A ver? muy bueno, muy bueno;
qué pulsera tan magnífica!
vá á estarle divinamente;
luego como ella es tan linda!

VICENTE. *(Cerrando la caja.)*
Conque le gusta á usted?

MARÍA. Mucho.

VICENTE. *(Con intencion.)* Pues hay otras mas bonitas.

LUISA. Lo creo. Se ha adelantado
tanto ya en la joyería!...
—Si yo pudiese, Vicente!

VICENTE. Qué?

MARÍA. Ofrecerle otra mas rica.

VICENTE. Pero y usted?

MARÍA. Yó!

VICENTE. Sí; acaso
usted placer no tendría
en llevar brillantes joyas
como las lleva su amiga?
No siente usted el deseo
de lucir?

MARÍA. Que tontería!
Lucir en el cuerpo joyas
cuando el alma está transida
de dolor; cuando enlutada
se encuentra!... nó, no podría.

Quédese en buen hora toda
la pompa y galas magníficas,
para las que son tan bellas,
tan felices como Luisa;
mas yo desgraciada... pobre...
cá! si hasta un crímen sería,
del mundo entregarme al brillo
fastuoso y á sus delicias,
cuando mis padres no existen
yá; padres del alma mia! *(Llora.)*
—Perdone usted, soy muy tonta.

VICENTE. (No sé que siento al oirla.)
A qué afligirse?

MARÍA. El consuelo
encuentro yo á mis desdichas
así, que mas que las joyas
las lágrimas son mi vida!
(Luisa aparece cautelosamente en una de las puertas laterales.)

ESCENA X.

Los mismos.—LUISA.

VICENTE. Siempre con la misma idea
terrible!

MARÍA. Si, siempre fija.

LUISA. (Ha vuelto y no ha preguntado
por mi: me estraña su fría
indiferencia. Y esta otra
nada me ha dicho. Qué amigas!)
(Entra en el escenario.)

VICENTE. A un lado tristes pesares;
torne á vagar la sonrisa
por esos preciosos labios
que son del clavel envidia.

LUISA. (Que escucho?)

VICENTE. Y sus ojos bellos,
no anublen esas continuas
lágrimas, que muchas veces
suelen provocar las mias.

LUISA. (Oh infamia! lo estoy oyendo
y me parece mentira.)
MARÍA. Que bueno es usted, Vicente!
LUISA. (Le adula, cuanta perfidia.)
VICENTE. Verá usted entónces como
huye el dolor y su vida
mas que lágrimas, encuentra
placeres.
(Luisa se adelanta al proscenio.)
MARÍA. Ya está aquí Luisa.
LUISA. *(Disimulemos.)* Vicente.
VICENTE. Dormilona, buenos dias.
Ya á mamá la he preguntado
por usted.
LUISA. Soy poco amiga
de madrugar. Me parecen
esas horas tan larguísimas!..,
En cambio conozco algunas
que en esas horas que hastian,
por lo general á todas
las personas distinguidas,
encuentran ellas sus ratos
de soláz, se regocijan.
MARÍA. (No sé porqué de ese modo
tan agresivo me mira.
Mas ya caigo: mi presencia
es importuna.) Luisita,
voy con tu mamá un instante.
LUISA. (Que hipócrita!
MARIA. *(Saludando á Vicente.)* Hasta la vista.

ESCENA XI.

VICENTE, LUISA.

VICENTE. Bendigo esta hora en que puedo
hablar á usted, bella Luisa.
LUISA. De veras? ya se conoce!
Todas las horas del dia
se afana usted por hablarme
tanto!

VICENTE. Mas mi suerte picara
no me lo permite á veces.
LUISA. Es mucha suerte!
VICENTE. Dos dias
vá á hacer que en la Córte me hallo
y aun no he tenido la dicha
de hablar con usted...
LUISA. Que poca
memoria! pues qué, ya olvida
usted, acaso, Vicente,
nuestra primera entrevista?
VICENTE. Y que vale eso?
LUISA. Es muy cierto,
no vale nada. (Me irrita
tanta audacia.)
VICENTE. Quien se acuerda
de aquella?
LUISA. Es claro, no implica.
(Jamás lo creyera de él.)
VICENTE. Lo que el corazon ansia
es ver á usted. (Está bella!)
LUISA. Y diga usted que motiva
su ansiedad?
VICENTE. Son tan pesados
los negocios que me obligan
á estar aqui! Esta ambicion
que me rodea; esta intriga
que me repugna; la horrible
falácia que hay en política;
y otras cosas aun peores
que no son para decirlas,
me tienen en poco tiempo
tan harto; que mi alegria,
no tiene límites cuando
veo á usted.
LUISA. Y en mi se cifra
solamente su ventura?
No tiene usted otra... amiga
que pueda con su presencia
dar treguas á esas fatigas
que le abruman? Vamos, vamos,

está usted hoy muy bromista.

VICENTE. No ciertamente: usted sola
y María....

LUISA. Ya, y María!

VICENTE. Son las dos que únicamente
trato; pero nuestra amiga
sufre tanto! que se acrece
siempre mi pena al oirla.

LUISA. Es natural.

VICENTE. Es tan buena
y tan desgraciada!

LUISA. (La ira
me ciega.)

VICENTE. Y como hay dolores
que solo la muerte alivia!
—En fin, solo las palabras
de usted, Luisa, no me inspiran
tristeza, por eso ansío
verla y hablarla y oirla.

LUISA. Pues si es así, hablemos.

VICENTE. Gracias.

LUISA. Oyó usted la *Favorita*
anoche.

VICENTE. No. (Ya empezamos.)

LUISA. La *Lagrange* está divina
en *Norma*.

VICENTE. Lo creo.

LUISA. Ayer,
hubo nna *Soiré* magnífica
en casa de la de Gomez.

VICENTE. De Gomez? (Muy conocida
en su casa.)

LUISA. Yo no estuve;
porque tengo una modista
la mas atroz!

VICENTE. Pues fué lástima.
(Vaya una muchacha insípida.)

LUISA. Pero el Domingo dán baile
en casa de la de Espina.

VICENTE. Espina?

LUISA. Qué, usted acaso

no conoce?...

VICENTE. (Apostaría
á que es la tal una raspa!...)

LUISA. Pero es verdad.

VICENTE. En mi vida
la he visto.

LUISA. Bien se comprende,
Vicente, que usted habita
en un poblachon.

VICENTE. Entónces,
si usted lo tiene á bien, Luisa,
no hablemos de eso.

LUISA. Hablaremos
de lo que usted quiera.

VICENTE. (Fria
la encuentro.)

LUISA. (Mi indiferencia
hará que al cabo se rinda.)

VICENTE. Hablemos de los hechizos
de usted: yo quiero decirla...

LUISA. Lo que me ha dicho otras veces?
mas vale que no lo diga.

VICENTE. Nunca en balde se pronuncian
los elogios.

LUISA. Quien se fija
en ellos? hay quien los dice
yá como una letanía.

VICENTE. Esos mienten.

LUISA. Todos lo hacen.

VICENTE. Como!

LUISA. A las mil maravillas.
Por eso son desgraciadas
las que los creen. Pobres víctimas!
Yo nó.

VICENTE. Pero ...

LUISA. En los elogios
creer, que majaderia! *(Riéndose con desden.)*

VICENTE. Pero déjeme usted que hable.

LUISA. Para qué? si es la cartilla
de ustedes decir lisonjas
á todas, bien ó mal dichas.

(Vicente se levanta.)
Qué! se retira usted? pronto!

VICENTE. Puesto que usted no se digna
escucharme, con permiso,
voy á seguir la visita
con mamá.

LUISA. (Falso.) Bien, como
usted guste. Tendrá á dicha
ver á usted. Con ella debe
de hallarse tambien María.

VICENTE. *(Despues de saludar.)*
(Tanta reticencia, tanto
fingimiento, ya me indigna!)

ESCENA XII.

LUISA.

Se vá despechado; bien!
con eso á creer me obliga,
que humillar á mi enemiga,
podré al fin con mi desden.
Yó por ella desdeñada!
Vámos, si esto es increible
y casi lo hallo imposible.
—Qué vale María? nada.
Si por no saber, no sabe
ni aun hacerse un mal prendido!
Si hasta le estorba el vestido
de cola que es cuanto cabe!
Solo en pensarlo me enfado.
Y cuando sepa mamá?...
(Don Sempronio sale agitado.)

ESCENA XIII.

LUISA, D. SEMPRONIO.

D. SEMP. Hija, se ha marchado ya
Vicente?

LUISA. Ay, me has asustado!

D. Semp. Responde: di si está en casa.
Luisa. Que tienes?
D. Semp. Nada, responde mujer.
Luisa. Si que está.
D. Semp. Dónde?
Luisa. Allá adentro.—Mas, que pasa?
D. Semp. Voy á noticiarle al punto
de todo.—Y la otra? Dios mio!
Cuando lo sepa, qué lio!
que de tormentas barrunto! *(Váse.)*

ESCENA XIV.

Luisa.

(Mirando por la puerta por donde salió Don Sempronio.)
Que es esto? Ya no resisto
mi impaciencia. Que ha pasado
para que se haya alterado
papá, cuando no le he visto
nunca alterarse por nada?
—Y mamá viene hácia aquí.
Vuélvese á escuchar.—Ahí
viene María: taimada!

ESCENA XV.

Luisa, María.

María. *(Sobresaltada.)* Algo ha debido ocurrir,
Luisa, porque de repente
ha ido buscando á Vicente
tu papá. De allí salir
nos ha hecho á las dos... Mas... que
tienes? Te encuentro muy triste...
enojada. Es que no viste
á Vicente?
Luisa. ... No lo sé.
María. Tanto desden!

LUISA. No es bastante
para la amiga perjura,
que vende con impostura
mi amistad.
MARÍA. Qué dices?
LUISA. Ante
tu vista, ya mi paciencia
se acaba. Si hubiera en tí
pundonor, te viera aquí,
delante de mi presencia?
MARIA. Dios mio!
LUISA. Vente ahora
con falsas esclamaciones;
ya tus viles intenciones
comprendo. Si, llora, llora
como es costumbre en tí hacerlo;
ese es el llanto fingido
conque engañas; no has podido
de otra manera verterlo
nunca.
MARÍA. Oye por compasion.
LUISA. Para qué? ya es escusado,
ya el lenguage hé adividado
de tu pobre corazon.
Es tan puro y vehemente
tu amor!...
MARÍA. Por Dios te ruego
que me oigas: yo no te llego
á entender; soy inocente.
LUISA. Inocente! (Y yó con calma
lo escucho; yó que he oido
todo.)
MARÍA. Di, en que te he ofendido?
LUISA. No te dice nada el alma?
MARÍA. Que es lo que me ha de decir?
LUISA. Que cándidez! claro, nada
te dirá; estas tan cursada
en el arte de fingir!
MARÍA. Hay para volverse loca!
Pero que causa te obliga?...
LUISA. Quieres que yó te lo diga?

pues eso á mí no me toca.

MARÍA. Alguna calumnia; acaso
algun criado te dijo...
eso será, si, de fijo;
pero no les hagas caso.
Yo siempre tu bien ansié
y el tuyo fué mi contento;
testigo de que no miento
es ese Dios que nos vé.

LUISA. Y te atreves todavía
á tomar en tu favor?...
—Esta chica es aun peor
de lo que yó me creia.

MARÍA. Por Dios, no me hagas sufrir!

LUISA. Basta: no te quiero hablar
de nada.

ESCENA XVI.

Las mismas.—DOÑA JUANA.

D.ª JUANA. *(Sumamente irritada.)* Quereis callar?
Cuidado que ni aun oir
me dejais.—Qué! estas llorando *(A María.)*
yá? pues estamos ahora
para llantos.

LUISA. Aunque llora
no la compadezcas.

D.ª JUANA. *(Abstraida completamente.)* (Cuando
á solas quedemos, buena,
buena se vá á armar. Mandarme
salir así; no enterarme
de lo que hay.)

LUISA. No, no es la pena
la que causa su agonía.

D.ª JUANA. Qué dices?

LUISA. Que ya arranqué
la máscara al fin, conqué
esa falsa se encubria.

MARÍA. Señora por caridad,
oigame usted.

D.ª JUANA. Qué sucede?
LUISA. Ya lo sabrás.
D.ª JUANA. No se puede
decir?
LUISA. Nuestra dignidad
no lo permite.
D.ª JUANA. *(Dirigiéndose á Luisa)* Que es esto?
MARÍA. (Dios mio, en que habré faltado
para ofenderla? en que he dado
motivo? Tanto denuesto
no puedo haber merecido,
no puede ser.)
D.ª JUANA. *(Que habrá estado hablando con Luisa.)*
(Es posible?
Calla mujer, no es creible.)
LUISA. Aquí les he sorprendido.
D.ª JUANA. Que tú?...
MARÍA. (Yo tiemblo.)
D.ª JUANA. Señor,
parece mentira! Vamos,
que cosas pasan! Estamos
en un siglo que dá horror.
Y esta es la niña sin pero
como tu padre la llama?
Esta es la que tanto te ama?
—Vámonos de aquí no quiero
ni aun verla.
MARÍA. *(A Doña Juana.)* Por Dios!...
LUISA. *(Interponiéndose.)* Mas vale
irnos.
D. JUANA. Fiese usted de estas
que parecen tan modestas!
Y aun puede ser que te iguale
tu padre con ella; vaya!
MARÍA. Doña Juana!
D.ª JUANA. Mejor fuese
que su situacion midiese.
MARIA. Esto yá pasa de raya,
Señora.
LUISA. *(Con desprecio á María.)* Vénte mamá.
D.ª JUANA. Me irrito.

LUISA. Se la desprecia.
D.ª JUANA. Que dirá ahora la necia
de su virtud?
LUISA. Já, já, já.

ESCENA XVII.

MARÍA.

Madre, madre mia, escucha
mi acento, yo te lo imploro;
mira mi candente lloro!
Dios mio, qué horrible lucha!
Que vá á ser de mi? Ya nada,
nada me queda! En la vida
iré con el alma herida
siempre, siempre abandonada.
(Pausa.)
Yo no puedo estar aquí:
sin motivo me insultaron
y de mi virtud dudaron,
que horror! dudaron de mi!
No saben que de mi mente
jamás la memoria alejo
de mi madre; que el reflejo
de su virtud, mi alma siente!
Ella al mirarme sufrir
me dará fuerzas bastantes
para huir; sí cuanto ántes
debo de esta casa huir.
—Mas dónde voy?... Me espondré
así en medio de estas luchas?
—No trabajan otras muchas?
yo tambien trabajaré.
—Ah, que idea! La modista
de Luisa vive aqui al lado.
Tambien cual yó se ha quedado
sin madre! Aunque se resista,
la hablaré, y como padece
mi dolor comprenderá.
Mi hermana desde hoy será,

si á serlo mia se ofrece.
(Váse por la puerta del fondo de modo que la vea Vicente.)

ESCENA XVIII.

VICENTE, DOÑA JUANA, DON SEMPRONIO.

(Detras del primero aparece Don Sempronio pugnando por desasirse de Doña Juana que le tiene cogido de un brazo.)

VICENTE. *(En la puerta del fondo.)*
María!—Se vá llorando.

D.ª JUANA. No te vás, de ningun modo;
ántes lo he de saber todo.

D. SEMP. Vicente!... *(Desentendiéndose de su mujer.)*

VICENTE. (Voy observando
un desden!) Vuelvo al instante.

D.ª JUANA. *(Deteniendo á Vicente.)*
Pero que hay?

VICENTE. *(Apartando á un lado á Doña Juana.)*
Vuelvo en seguida.

D.ª JUANA. *(Insistiendo.)*
Quiero que usted me lo diga.

VICENTE. *(Con enfado, señalando á Don Sempronio.)*
Pues bien: que se halla cesante.
(Vicente se aprovecha del estupor de Doña Juana para marcharse; D. Sempronio hace lo mismo, escurriéndose sin ser visto de su muger.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion.

ESCENA I.

DOÑA JUANA.

Esto no puede seguir
de este modo, no señor:
yo desde ayer estoy loca,
pensando en la situacion
en que estamos, en lo horrible
del porvenir; y si Dios
no quiere sacarnos pronto
á puerto de salvacion,
es completa nuestra ruina,
nuestra caida es atroz.

ESCENA II.

D.ª JUANA, LUISA.

LUISA. Mamá!
D.ª JUANA. Qué quieres?
LUISA. Te traigo

los periódicos de hoy.
D.ª JUANA. Maldita la falta que hacen.
LUISA. Que dices!
D.ª JUANA. Que tengo horror
á cuanto huele á política.
LUISA. Pues cómo esa variacion?
D.ª JUANA. Y me preguntas la causa?
LUISA. Como siempre te gustó
mezclarte en esas cuestiones
y hasta hiciste que aficion
las tomase yo tambien
crei.....
D.ª JUANA. Pues ahora no,
no quiero que me hables nunca
de política; desde hoy
me retraigo; este es el medio
mas eficaz, el mejor.
LUISA. Retraerte! no comprendes
que es falsa la situacion
en que intentas colocarte?
D.ª JUANA. Y no es mil veces peor
la que atravesamos, dime?
LUISA. Pero siempre creo yó
que no ha de durar; acaso
papá ..
D.ª JUANA. No le mientes. Por
él nos vemos de este modo;
su falta de precaucion
hizo que el plan se frustrase
y que él con el Director
cayese.
LUISA. Pronto te apuras.
D.ª JUANA. Cómo?
LUISA. Ya serán los dos
repuestos.
D.ª JUANA. Mucho confias.
LUISA. Olvidas á mi amador?
Puede tanto!
D.ª JUANA. Quién Vicente?
ya lo creo.
LUISA. En la sesion

particular que ayer hubo
habló del Gobierno en pró
con un talento que elogian
sus colegas á una voz.
Con sus dotes eminentes
será un famoso orador.

D.ª JUANA. Picaruela! ayer mañana
no hubieras, cual lo haces hoy,
alabado su talento.
No es verdad?

LUISA. Y con razon:
quien es la que alaba á un hombre
que está espresando su amor
hácia una mujer, y luego
con otra le hace traicion?

D.ª JUANA. Al pronto así lo creiste.

LUISA. Pero luego...

D.ª JUANA. Ya se vió
que su interés hácia ti
cada vez era mayor.
—Si vieras que disgustado
vino á saludarme!

LUISA. Yo,
sin darle á entender mi enojo,
sin demostrarle el rencor
que en mi pecho rebosaba,
le contesté siempre con
indiferencia.

D.ª JUANA. Bien hecho.

LUISA. Y despues, viendo que no
me doblegaba, sin duda
quiso obligarme mejor
obsequiándome con esa
pulsera.

D.ª JUANA. Pero que nó
haya podido sacar
nada en limpio! Por mas que hoy
he preguntado con maña
á las dos criadas, no
me quieren decir ni esto.

LUISA. Pues alguna de las dos.

anda en ello; la pulsera
no fué sola al tocador.

D.ª JUANA. En fin, ello es un obsequio
que declara la pasion
que abriga por tí Vicente.
Si de otra fuera su amor,
pagaría de ese modo
tu desden?

LUISA. Quién sabe!

D.ª JUANA. Nó.

LUISA. Si vieras conque dulzura,
conque sentida emocion
hablaba ayer á María.

D.ª JUANA. Qué inocente te ha hecho Dios!
Lo que hacia era burlarse.
Si conocieras cual yó
á los hombres, no tendrias
por eso ningun temor.
María! pues quien es ella;
ni cual es su posicion
para aspirar?... Vamos, vamos,
no hablemos ya de eso.

LUISA. Hoy
no ha salido de su alcoba.

D.ª JUANA. La vergüenza! Lo que es yó
no la he visto desde ayer.

LUISA. Yo tampoco.

D.ª JUANA. Es lo mejor
que puede hacer. Se ha lucido!
Qué gente hay, válgame Dios! *(Pausa.)*

LUISA. Mamá, vendrá hoy la modista
con el vestido de gró?

D.ª JUANA. (Ya no me acordaba de ella.)

LUISA. Esta noche hay reunion.

D.ª JUANA. (Vendrá con la cuenta.)

LUISA. No oyes?

D.ª JUANA. (Y asciende á cuatro mil dos
cientos reales?)

LUISA. Estás sorda?

D.ª JUANA. Déjame.

LUISA. Vaya un humor.

(Al irse Luisa tropieza con su padre. Este al ver los modales de aquella se queda mirando á un lado y á otro haciendo movimientos de resignacion.)

ESCENA III.

DOÑA JUANA, DON SEMPRONIO.

D. SEMP. (Qué gesto! Ni el Paraiso
tiene que ver con mi casa!
Qué tranquilidad se goza!
Cá! si como esto no hay nada.)
—Juanita, me voy.

D. JUANA. Es claro,
me voy, con eso te zafas
de todos los compromisos,
y luego yó, pobre incauta,
soy la que sufre los golpes,
soy la que lleva las cargas.
Antes, en casa metido,
perenne, como una estátua;
ahora que vés la tormenta
terrible que nos amaga,
coges la puerta y «abur»
ahí te quedas pobre Juana.

D. SEMP. (Pobre!...) Y que he de hacer?

D.ª JUANA. No irte
y sufrir y dar la cara,
como yó á los acreedores.

D. SEMP. Y bueno, que se adelanta
conque yo esté aquí? con eso
por ventura se les paga?
Lo que ellos quieren son *cuartos*
cuartos... y no ver mi cara.

D.ª JUANA. Pues yo no me pongo sola
en evidencia. Te marchas?
yo tambien.

D. SEMP. Perfectamente,
república, nada, nada.
Cada cual á su albedrio.

A qué andarse por las ramas?

D.ª JUANA. Despues que estoy desde ayer
que no sé lo que me pasa!

D. SEMP. Tú lo has querido.

D.ª JUANA. Sempronio!

D. SEMP. Bien: no diré una palabra.
—Conque Juanita?

D.ª JUANA. Te empeñas.

D. SEMP. Mujer!...

D.ª JUANA. Y al cabo te marchas.

D. SEMP. Tengo que ver á un amigo
con precision.

D.ª JUANA. Pues! de charla
al *Iris*; jamás se hastian
de esa vida cafetaria.
Allí, con aquel olor
á tabacazo; no se hartan
de hablar y hablar. Yo quisiera,
señor, saber de que hablan.
Mentiras todo, mentiras.
Huy!... qué hombres tan sin sustancia!

D. SEMP. Si quisieras escucharme,
sabrias donde voy.

D.ª JUANA. Habla.

D. SEMP. Voy á enterarme por uno
que es de toda confianza
del estado en que se encuentra
la política. *(Con misterio.)*

D.ª JUANA. Te estaba
viendo venir. Y aun te atreves
á hablar de eso?

D. SEMP. No te agrada?

D.ª JUANA. Como te has lucido tanto
con tu política aciaga!
No me la mientes, no quiero.

D. SEMP. Pero mujer...

D.ª JUANA. Me dá náuseas
oirte hablar de política.

D. SEMP. Pues ántes, no te gustaba?

D.ª JUANA. A mí?

D. SEMP. Quién tiene la culpa?

D.ª JUANA. De qué?
D. SEMP. De lo que nos pasa.
D.ª JUANA Sempronio, no te chancees.
D. SEMP. Si, que la cosa es de chanza.
D.ª JUANA. No puedes de otra manera,
decir que por mi te hayan
dejado cesante.
D. SEMP. Quién
sino tu me aconsejaba
que dimitiera?
D.ª JUANA. Y que tiene
que ver?.....
D. SEMP. Esa fué la causa.
Como que todo se sabe!
D.ª JUANA. Me voy; porque estoy cansada
de oirte decir tonterias!
D. SEMP. Verdades son: pero amargas!
(Vase Doña Juana.)
Lo dicho; ni el Paraiso,
tiene que ver con mi casa.
Quien se acerca?

ESCENA IV.

DON SEMPRONIO, VICENTE.

D. SEMP. Vicente! Vicente!
(Apretando la mano que le alarga Vicente.)
VICENTE. Y María, como se halla?
D. SEMP. *(Mirando á todas parte con recelo y bajando la voz.)*
No ha salido de su cuarto
apenas.
VICENTE. Eso me estraña;
siendo hoy el santo de Luisa!
Cuando yo digo que pasa
algo!..... Y usted no ha notado
entre ellas?.....
D. SEMP. Yo... nada... nada.

(Este sí que es compromiso.
Si se apercibe!.....)

VICENTE. Jurára
que han tenido algun disgusto.
No vió usted cuan inmutada
se quedó María al vernos
entrar á los dos en casa
de la modista?

D. SEMP. Mas ella
dijo que iba á ver si estaba
el traje de Luisa.

VICENTE. Entonces,
á que es exigirnos palabra
de honor, para que calláramos?
Qué importa que se enteraran
Luisa y su mamá?

D. SEMP. Caprichos!
(Yo no sé lo que me pasa.)

VICENTE. Caprichos serán tal vez!

D. SEMP. Sin duda.

VICENTE. Aunque aquellas lágrimas
cuyas huellas se veian
en sus ojos estampadas,
eran indicios seguros
del sufrimiento del alma.

D. SEMP. Sí... como la pobre siempre
está triste... por... (Se traba
mi lengua.) Ese es el motivo.

VICENTE. Casi entreveo la causa,
D. Sempronio, que á María
hunde en el dolor. Es lástima
que asi la virtud padezca,
que sufra así la desgracia!

D. SEMP. Vicente!.....

VICENTE. Cuando ayer tarde
al presentarnos en casa
de esa jóven, cuyo rostro
tambien el dolor retrata,
ví á María, de mi pecho
el corazon se saltaba.
La sonrisa conque quiso

al pronto ocultar el ánsia
que en su corazon habia,
tan triste fué, tan amarga,
que comprenderla pudiera
únicamente quien haya
sufrido cual yó, llorado
cual llora incesante el alma.
Pobre huérfana! No saben
cómo el corazon taladra
la orfandad! Oh! no adivinan
las que así su amor rechazan
lo que es perder para siempre
una madre idolatrada!
Son tan hermosos los ecos,
son tan dulces las palabras
de una madre! Ah, dónde, dónde
volvería yo á escucharlas!
donde á encontrar los halagos
que embellecian mi infancia!
—Llora usted? eso revela
los sentimientos que guarda
su corazon generoso;
eso Don Sempronio me habla
mas alto que todo; eso
me dice cuanto usted calla.

D. Semp. Por Dios! si acaso llegasen
á enterarse de algo...

Vicente. Basta.
Don Sempronio en esta hora
de darme un consuelo acaba
usted. Aun tiene María
quien comprenda su desgracia.
Usted y yó Don Sempronio
enjugaremos sus lágrimas;
usted el amor de padre
la dará, yo... el de mi alma.

D. Semp. Sí, siempre tendrá un protector,
un padre en mí.

Vicente. Gracias, gracias.

(Váse Don Sempronio enjugándose los ojos con el pañuelo; Vicente le vé marchar conmovido.)

ESCENA V.

VICENTE.

Que corazon tan hermoso,
tan noble abriga! Y á fé
que me sorprende; porqué
aqui hay algo de contagioso.
Esa loca vanidad
de Luisa! que tanto cunde,
loco orgullo que difunde
la ruina en la sociedad.
Y esa mujer tan sin juicio
que en su ambicion siempre terca,
no vé que á todos acerca
poco á poco á un precipicio:
me causa tal repugnancia
que esplicarme no me es dado.
—Y yo que estuve inclinado
por Luisa.—Cuánta ignorancia!
Pero ya nó: ni un momento
puedo el latido acallar
por María; ni apartar
su imágen del pensamiento.
Es tan virtuosa, tan bella!
qué, quién no llega al hablarla,
no á quererla, á idolatrarla?. .

ESCENA VI.

MARÍA, VICENTE.

MARÍA. *(Deteniéndose.)*
Ah, Vicente, es usted?
VICENTE. (Ella.)
María! *(Con espresiva ternura.)*
MARÍA. Encontrar crei
á Don Sempronio.
VICENTE. Se fué
hace un instante. Mas qué

tiene usted?

MARÍA. Yo nada.

VICENTE. Si,
esa palidez; la triste
melancolía que advierto
en su rostro.

MARÍA. No por cierto:
la misma que siempre existe
en mí; bien sé que debia
disfrazar mi padecer,
porque... qué tiene que ver
nadie con la suerte mia?

VICENTE. Injusta es usted conmigo.

MARÍA. Perdóneme usted, Vicente,
ya sé que usted tambien siente
mi dolor; que es buen amigo.

VICENTE. María, si á adivinar
usted acaso llegára
lo que siento, no dudara
jamás de mí.

MARÍA. Yo dudar
de usted? Que ingrata fuera!

VICENTE. (*Como hablando consigo mismo.*)
Suelen sentirse emociones
que no hay voz, no hay espresiones
para espresarse siquiera.

MARÍA. Qué dice usted?

VICENTE. Tiempo es yá,
María, que á usted indique
lo que siento, que me esplique...

MARÍA. Esplicarse usted? (Qué irá
á decir?

VICENTE. No sé si en buena,
ó en mal hora aquí llegué;
yo la desgracia anuncié
que motiva su honda pena.
Desde aquel fatal instante
en que al dolor sucumbia
la razon; siempre, María,
siempre he tenido delante;
su imágen de usted hermosa

y cuando creía seco
mi corazon, tuvo un eco
para su voz angustiosa.
Aquel llanto continuado
que usted de ocultar trataba,
un efecto en mi causaba
hasta entónces ignorado.
Sentí al mirar su afliccion
que su dolor era el mio;
sentí llenarse el vacio
de mi triste corazon.

MARÍA. Basta.

VICENTE. Mi espresion sincera...

MARÍA. Me está haciendo padecer,
no me haga usted entrever
lo que entrever no quisiera.

VICENTE. Maria!

MARÍA. Ni una palabra.

VICENTE. Quizás usted no comprende
mi amor.

MARÍA. Ese amor me ofende
y más mi desdicha labra.

VICENTE. Mi pasion es tan intensa
como pura. Jamás supo
mi lábio mentir, ni cupo
nunca en mi lábio la ofensa.
—Yo ofender á usted María!

MARÍA. (Dios mio dadme valor!)

VICENTE. Siendo su virtud mi amor,
la virtud ofendería!

MARÍA. Vicente!

VICENTE. Noble el deseo
á usted, María, se lanza;
usted es hoy mi esperanza.

MARÍA. (Su esperanza!) No lo creo.

VICENTE. Duda usted?

MARÍA. Ni aun á dudar
tengo deber.

VICENTE. No comprendo.

MARÍA. Es que hasta dudando ofendo.

VICENTE. A quien?

MARÍA. A quien respetar
debo siempre; á quien me obliga
á querer la gratitud.
VICENTE. Ya lo sé! (Cuanta virtud!)
Luisa!
MARÍA. Si, Luisa, mi amiga;
por ella diera gustosa
mi vida.
VICENTE. En pago al afecto
que á usted profesa; en efecto,
es digna... de cualquier cosa.
MARÍA. *(Indignada.)* Vicente!
VICENTE. En vano le cubren
al tallo las hojas bellas;
las espinas, detrás de ellas
con el tiempo se descubren.
MARÍA. No olvide usted la amistad
que á Luisa me une.
VICENTE. Yo soy
su amigo tambien; mas hoy
debo decir la verdad.
Cuando á usted y á Luisa vi
tras algun tiempo de ausencia,
confieso que la presencia
de ustedes dos causó en mi
la mas dulce sensacion.
MARÍA. (Desde entónces mi amargura
se acrecienta!)
VICENTE. A la hermosura
quien no rinde admiracion?
Hablé á Luisa y estasiado
su mérito realcé;
mas tarde comprendí...
MARÍA. Que?
VICENTE. Que me habia equivocado.
Belleza que nada mas
está en el rostro, no influye
aquí *(Señalando al corazon.)*
es la belleza que huye
para no volver jamás.
Esta idea solamente

hizo que al fin se apagara
la ilusion que fomentara
cuando ví á Luisa, mi mente.
Y esta idea hizo tambien
nacer en mi corazon,
la mas ardiente pasion,
que usted mira con desden!

MARÍA. Harto, Vicente, he escuchado
á usted.

VICENTE. No la he ofendido.

MARÍA. A Luisa la ofensa ha sido

VIEENTE. Yo á Luisa jamas amé.
(Jamás)

VICENTE. Yo solo amo á usté.

MARÍA. (Tened, Dios mio, piedad
de mi!)

VICENTE. Una palabra basta,
María, para que llegue
á ser feliz. No me niegue
usted esa dicha, que hasta
aquí disfrutar no pude.
He sido tan desgraciado!
que hasta á dudar he llegado
del amor; no haga usted dude
mas de ese afecto divino. *(Pausa.)*
—Responda usted.

MARÍA. (Que tormento!)

VICENTE. Usted en este momento
decide de mi destino.

MARÍA. Si es verdadero ese amor
que usted dice, una merced
voy á pedirle.

VICENTE. Hable usted.

MARÍA. *(Conmovida.)* Será el último favor.
Si es su pasion vehemente
no estrañará un sacrificio.

VICENTE. *(Con alegría.)* A todo me hallo propicio.

MARÍA. Pues bien: le ruego, Vicente,
que olvide usted la mujer
que ese amor supo inspirarle.
(Esforzandose.)

Yo tambien sabré olvidarle.

VICENTE. Qué oigo?

MARÍA. Ese es mi deber.

VICENTE. María!

MARÍA. No escucho mas.

VICENTE. Ni una esperanza merece
mi amor?

MARÍA. A otra pertenece
darla. *(María se retira hácia la puerta.)*

VICENTE. *(Adelantándose.)* Solo á usted.

MARÍA. *(Deteniéndole con un movimiento de dignidad.)*
Jamás.

ESCENA VII.

VICENTE.

Cuan vana la ilusion era
que acariciara mi mente!
Ya lo has oido, Vicente:
ni una esperanza siquiera.
Y yó que soñé encontrar
la dicha en su puro amor,
yo que creí su dolor
y mi dolor ahuyentar.....
ni una esperanza me resta!
—Cuando es tan bello el encanto
que el alma acaricia, cuanto
borrarlo del alma cuesta!

ESCENA VIII.

VICENTE, DOÑA JUANA.

D.ª JUANA. *(Dentro.)* Y si la modista viene
dila que vuelva mañana.

VICENTE. *(Con enfado.)* Ya viene aqui D.ª Juana.

D.ª JUANA. *(Saliendo.)* (Negarse á todos conviene.)
—Calla! es usted, señor mío?

VICENTE. Señora! *(Saludando con distraccion.)*

D.ª JUANA. (Que gesto tan

raro.)

VICENTE. (Inútil fué mi afan!)

D.ª JUANA. Le encuentro á usted muy sombrío!

VICENTE. Tal vez.

D.ª JUANA. Algun contratiempo:
El cargo de diputado
suele hacerse tan pesado!

VICENTE. (Quizás me ame con el tiempo.)

D.ª JUANA. Pero cualquier disgustillo
se soporta con paciencia.

VICENTE. Pues!

D.ª JUANA. En cambio la influencia
que se adquiere...

VICENTE. Es claro.

D.ª JUANA. El brillo
que dá el ser representante
de la pátria...

VICENTE. Si señora.
(Esta mujer me encocora.)

D.ª JUANA. Acaso algun ignorante
se habrá atrevido á impugnar
su voto. O no será estraño
que algun nuevo desengaño...

VICENTE. (Si le llegase á enterar
á Don Sempronio... El es bueno.)

D.ª JUANA. A que he acertado?

VICENTE. (Sí, sí.)

D.ª JUANA. La que se me escape á mi!

VICENTE. (El, que la acogió en el seno
de su familia querrá
verla feliz.)

D.ª JUANA. Conque alguno
ha sido tan importuno
que se ha atrevido?... ya ya;
que gente tan habladora!

VICENTE. Pero que está usted charlando,
Doña Juana?

D.ª JUANA. Lamentando
estoy eso.

VICENTE. El qué, señora?

D.ª JUANA. Eso que á usted le entristece.

VICENTE. Si usted la causa supiera!
D.ª JUANA. Vaya, pues aunque una fuera
tonta. Si á usted le parece
que no sabré yó! pues digo;
y mas siendo una cuestion
como esa..... si habrá razon
para que sepa.....! maldigo
la política, Vicente;
así por ella nos vemos.
VICENTE. Por Dios, no nos entendemos.
D.ª JUANA. Si señor perfectamente.
VICENTE. No señora; son gratuitas
suposiciones...
D.ª JUANA. Pues yó
creí que la causa.....
VICENTE. Nó:
son de otra especie mis cuitas.
D.ª JUANA. (Ah, yá estoy! Que tonta he sido!)
(Con zalamería.)
No tome usted tan á pecho
eso.
VICENTE. Como!
D.ª JUANA. (Es el despecho.
No lo habia comprendido!)
Todo al fin se arreglará.
VICENTE. Pero el qué señora?
D.ª JUANA. *(Con intencion.)* Nada.
VICENTE. (Esta muger endiablada
á volverme loco vá.)
—Señora, con su permiso.....
D.ª JUANA Se vá usted?
VICENTE. Sí, pronto doy
la vuelta.
D.ª JUANA. Sabe usted que hoy
le esperamos. Es preciso
que celebremos el dia
de Luisa.
VICENTE. (El nombre me hiere.)
D.ª JUANA. (Por ella el pobre se muere.)
VICENTE. (En cambio, adoro á María.)

ESCENA IX.

Doña Juana, Luisa.

D.ª Juana. *(Llamando.)* Luisa, Luisa ven acá.
Luisa. Que es eso? que ha sucedido?
D.ª Juana. Hola! te has puesto el vestido?
A ver?. ... muy bien que te está.
Tambien la pulsera? Has hecho
en ponértela muy bien.
Luisa. Si?
D.ª Juana. Basta ya de desden.
Verás tu que satisfecho
se queda el pobre.
Luisa. Vicente?
D.ª Juana. De marcharse de aquí acaba.
Luisa. Y que te ha dicho?
D.ª Juana. Cá, estaba
tan triste, tan displicente!
que casi, casi me ha dado
lástima.
Luisa. Y á donde fué
mamá?
D.ª Juana. Hijita no lo sé;
pero no tengas cuidado
que en seguida viene: vaya!
Luisa. Y que bien hice en tomar
tus consejos; en cuidar
de tenerle siempre á raya!
D.ª Juana. Tengo yo un ojo avizor
que el que pretenda engañarme!
Luisa. (Solo deseo vengarme
de ella, obteniendo su amor.)
D.ª Juana. Si no estás tan altanera
con tu desden; quizá ahora
no te vieras triunfadora.
El comparado te hubiera
con María!... Nada mas
para bromear. Tú, nada,
siempre altiva; que humillada

no llegue á verte jamás.

LUISA. —Y di, mamá, iremos hoy
al baile?

D.ª JUANA. (Que empeño tiene.)
Mira, Luisa, no conviene
presentarnos.

LUISA. Pues yo voy.

D.ª JUANA. Vamos tonta, que capricho!

LUISA. Llévame.

D.ª JUANA. No, no te llevo.

LUISA. Pues di porqué.

D.ª JUANA. Porque *debo*...
no llevarte, ya está dicho.
(Luisa se sienta mal humorada en un rincon.)

D.ª JUANA. (La pobre no está al corriente
de nuestro estado angustioso:
ocultárselo es forzoso,
y sobre todo á Vicente.)

ESCENA X.

Los mismos.—D. SEMPRONIO.

D.ª JUANA. Gracias á Dios! yo creia
que te habias muerto. Y qué?
te has hartado de café?

D. SEMP. Desecha ya esa manía
mujer: lo que yo deseo
no son cafés, es hallar
un medio para alcanzar...

D.ª JUANA. Es claro: tu antiguo empleo.
Pero como sé lo que eres,
que tienes tan poca maña
para pretender, me estraña
que lo intentes.

D. SEMP. Y que quieres!
No siempre las cosas salen
como se desea.

D.ª JUANA. Todo
consiste en la forma, el modo
conque se manejan.

D. Semp. Valen
tan poco esas formas, Juana,
cuando las usa el caido!
D.ª Juana. Pero en fin, que has conseguido
hacer desde esta mañana?
D. Semp. Nada.
D.ª Juana. Pues es lo bastante.
D. Semp. Ni aun una promesa.
D.ª Juana. Es raro.
Cuesta eso tan poco!
D. Semp. Claro.
D.ª Juana. Vamos, es cosa chocante.
D. Semp. *(Reparando en Luisa.)*
Que haces tú tan retraida?
(Siempre se halla de igual suerte.)
Acercate, quiero verte.
Estas hoy muy bien vestida.
Luisa. Qué fastidio!
D. Semp. (Y á esto debo
callar: cuando estoy cesante
se pone mas elegante.)
Pues, señor, tu gusto apruebo.
Pero lo que no permito
es que ostentes la pulsera,
cuando aun no sabes siquiera...
D.ª Juana. Pues yo sí.
D. Semp. *(Con mucha calma.)*
Ah, entonces chito.
(Pausa.)
Luisa, decirte queria
una cosa que me tiene
intranquilo.
Luisa. Qué?
D. Semp. Conviene
que desde hoy con María
uses de mas atencion.
La pobre es tan desgraciada!
no tiene en el mundo nada.
D.ª Juana. Vas á echarla algun sermon?
Despues que sabes su indigno
proceder con...

D. Semp. No des voces.
Juana, tú no la conoces.
D.ª Juana. Pero que estés tan benigno
siempre con esa chiquilla!
D. Semp. Es que á obrar así me impele
la conciencia; es que me duele
ver como aquí se la humilla.
Tú no ignoras los favores
que á su padre le debemos.
D.ª Juana. Para eso la mantenemos.
D. Semp. Pan que se dá con rigores
tan crueles, no lo agradece
ni Dios, ni quien lo recibe.
Mas vale que se le prive
del pan, si así se le ofrece.
Luisa. Papá, no hablemos ya de eso.
D. Semp. Antes al contrario Luisa,
quiero hablarte: me precisa
quitar del alma este peso
que siento hace tiempo yá.
D.ª Juana. (Nada, mejor es callarme.)
Luisa. Mira, esta noche llevarme
no quiere al baile mamá.
D. Semp. Válgame Dios, qué tormento!
Y tu has llegado á exigir!...
D.ª Juana. Vamos, no la hagas sufrir.
D. Semp. Pero mujer!...
D.ª Juana. Harto siento
no llevarla.
D. Semp. Haz lo que quieras.
Con tal que á Maria hableis
con cariño, y alivieis
su duelo, en vuestras quimeras
y en vuestro afan continuad.
D.ª Juana. (Nada, lo dicho, está loco.)
D. Semp. Ya veis que os pido bien poco;
que respeteis su orfandad!
—Oid y de esto el secreto
no digais; cuando Vicente
se marchó ayer de repente...
D.ª Juana. Sí, que estuvo muy indiscreto.

D. Semp. Fué porque en llanto bañada
vió á María.
Luisa. Pues debió
no estrañarse.
D. Semp. Es que la vió
irse de aquí acelerada.
D.ª Juana A donde?
D. Semp. No hableis muy alto
—A casa de la modista.
D.ª Juana. Calla!
D. Semp. Gracias que de vista
él no la perdió, y de un salto
nos plantamos en la casa.
Luisa. Pues eso pica en novela.
D.ª Juana. Y que fué á hacer la chicuela
allí; porque eso traspasa
los límites del decoro.
Irse asi..... sola..... quien sabe
si alguna vez..... Eso es grave!
D. Semp. Juana!
D.ª Juana. Si, es mucho desdoro.
D. Semp. Y te atreves todavía
á suponer!.....
D.ª Juana. No supongo;
pero en la razon me pongo.
D. Semp. Calla y respeta á María!
D.ª Juana. Y porqué he de respetarla?
porque olvidó su deber?
D. Semp. Que estraño es su proceder
despues de tanto insultarla!
D.ª Juana. Aun merecía otra cosa.
D. Semp. (Porqué en su favor hablé?)
D.ª Juana. Bien lo sabes.
D. Semp. Solo sé,
que María es muy virtuosa.

ESCENA XI.

Los mismos, Vicente.

Luisa. *(Con afectada galantería.)*

Adios, Vicente.

D.ª JUANA. Ya estamos
todos. (Sigue el mal humor.)
Podemos al comedor
pasar yá.

LUISA. Sí, vamos, vamos.

D. SEMP. (Inutil mi esfuerzo ha sido;
mas yo calmaré su duelo.)

VICENTE. (Porque se aumenta mi anhelo
cuando á verla voy?)

LUISA. (Rendido
le veré pronto á mis pies.)

D.ª JUANA. Vamos, Señores, que hacemos?
(A D. Sempronio.) (Es preciso que olvidemos
todo.

D. SEMP. (Si, si, mejor es.)

D.ª Juana se coge del brazo de su marido. Vicente ofrece el suyo maquinalmente á Luisa. En el mismo instante aparecerá María con velo, que tendrá alzado.

ESCENA XII.

Los mismos, MARÍA.

MARÍA. Antes, permitánme ustedes
que un momento les detenga;
quiero hablarles; necesito
libre dejar mi conciencia.

D.ª JUANA. (Que irá á decirnos la niña.)

VICENTE. (Ese lenguaje me hiela.)

LUISA. (Quizás viene á disculparse.)

D. SEMP. Ya estamos con impaciencia.

MARÍA. Si vieran ustedes cuanto
dar este paso me cuesta!

D.ª JUANA. No te andes con mas rodeos.

D. SEMP. (Temblando estoy.)

MARÍA. No se deja
sin pena el corazon
la casa amiga, que fuera
por espacio de dos años,

la dulce casa paterna.

D.ª JUANA. Que es lo que dices?

D. SEMP. María!

LUISA. *(A D.ª Juana.)* (Su conducta la avergüenza.)

MARÍA. Ustedes son hoy las únicas
personas que se interesan
por mí, y á ustedes estoy
obligada á darles cuenta
de todo....si debo hacerlo,
así el deber me lo ordena.

VICENTE (Ya su intencion adivino.)

LUISA. (Jesus que chica tan necia!)

MARÍA. Mal pagaria los muchos
favores que me dispensan
ustedes, sino tratara
de serles menos molesta.

D.ª JUANA. Y hasta aquí no habias dado
en el quid?

LUISA. Cuanta pamema!

MARÍA. Es que ya la situacion
no es la misma, es muy diversa.
Ayer contaban ustedes
con medios; con una renta
suficiente... hoy ha variado.

D.ª JUANA. Quieres callar, bachillera?
(Vá á sofocarme esta chica.)
Quién ha dicho que no sea
nuestra situacion igual?
Hase visto la indiscreta!
Si usted marcharse pretende
por lo que.. yo sé, no venga
con escusas estudiadas,
que esas escusas no cuelan.

D. SEMP. *(A Doña Juana.)* Pero oye mujer.

D.ª JUANA. *(A Vicente)* Vicente,
ha visto usted que chicuela!

VICENTE. Señora, no he visto nada,
ó mejor dicho, quisiera
no ver nada.

D.ª JUANA. Justamente;
para ver cosas como estas!

—Y vamos á ver, á donde,
á donde marcharte piensas?
sepamos. Tal vez será
con esa amigaza nueva
que tienes.

MARÍA. (Cuanto padezco!)

LUISA. Quién es mamá?

D.ª JUANA. La duquesa
del dedal y del ovillo.

LUISA. Ah, ya sé.

D.ª JUANA. La costurera.

LUISA. Vaya una jóven de tono!

MARÍA. Luisa, su dolor no ofendas:
es pobre, pero es virtuosa
y esto es mas que las riquezas.

D. SEMP. Tiene razon, Luisa, calla.

D.ª JUANA. Y vamos á ver, qué piensa
usted de esto Don Vicente?
La embajada ha estado buena!

VICENTE. Me pregunta usted que, que
pienso de esto?.... (Se me altera
toda la sangre, cuando hablo
á esta mujer tan funesta.)
Pues yo, si usted me permite
que hable con toda franqueza,
la diré que hallo muy lógico
lo que hacer María intenta.

D. SEMP. Como!

MARÍA. (Gracias, gracias Dios
mio!)

D.ª JUANA. Conque usted encuentra?

VICENTE. Muy natural que María,
cuyos goces se concretan
á estar metida en su casa
cosiendo ó planchando, tenga
deseos de unirse á alguna
que en el dolor compañera
lo sea para el trabajo
tambien..... Eso es una tema...
un capricho.....

D.ª JUANA. Pues!

VICENTE. No todas
tienen las mismas ideas
elevadas.
D.ª JUANA. Justamente.
(A Luisa.) (Oyes? por tí es la ind irecta.)
VICENTE. No todas tienen talento
para elevarse á esa esfera
donde el lujo y los placeres
y el brillo y el fausto imperan.
Eso de hacerse notables
por la moda, eso se queda
para génios muy sublimes;
pero las que solo tengan
por guia el recogimiento
y por norte la modestia;
lo que es esas no es posible
que luzcan jamás; que sean
ensalzadas por las gentes
del gran tono.
D.ª JUANA. Me embelesa
oirle á usted hablar así.
MARÍA. (Ya mi victoria es completa.)
D. SEMP. (No comprendo su conducta.)
VICENTE. Pues si eso no tiene vuelta
de hoja! María no puede
alternar con Luisa..... ella
no puede.... en fin.... no, no es digna...
(Se me acaba la paciencia.)
D.ª JUANA. Comprendo á usted.
VICENTE. Sí, no sabe,
siendo tan pobre y modesta
vivir con quien solo aspira
á vivir en la opulencia.
Por eso se ha despojado;
aunque con el alma llena
de dolor, de estas alhajas, *(Las saca.)*
de las únicas riquezas
que tenia de su madre,
para que usted hoy luciera... *(A Luisa.)*
LUISA. Yó! *(Con orgullo.)*
VICENTE. Sí, la joya anhelada

que altiva en el brazo ostenta.
(Doña Juana y María se quedan consternadas.)
No es cierto, señora, vamos,
que dice usted? no contesta?

D.ª JUANA. Me estraña lo que estoy viendo.

VICENTE. Yá que viene esa estrañeza?
María es agradecida;
pero como es tan modesta
no ha querido hacer constar
su abnegacion que es inmensa

D. SEMP. (Que bochorno.)

LUISA. (Mamá.

D.ª JUANA. Cállate.)

MARÍA. (Sus palabras me atormentan.)

VICENTE. Maria, ha nacido humilde,
muy humilde, y asi piensa
que entre los humildes solo
hallará quien la comprenda.
Yo que tampoco me siento
digno de elevarme á esa
brillante region. Soñé
hallar mi dicha completa
ofreciendo humildemente
mi mano á la pobre huérfana.

MARÍA. Por Dios, Vicente, silencio

D.ª JUANA. (Qué he escuchado? Yo estoy lela.)

VICENTE. Silencio! y porqué María?
es algun crimen quererla,
amarla á usted con delirio
por su virtud y pureza?
Harto he callado, ya es hora
que la verdad resplandezca.

LUISA. (Escuchas mamá?

D.ª JUANA. Yo estoy
anonadada, estoy muerta.)

VICENTE Aquí, en este mismo sitio
hace un instante, la intensa
pasion declaré á María
que siente el alma; mas ella
no quiso que mi esperanza
hermosa realidad fuera.

Mi amor es solo, ha nacido
para aumentar mas mis penas.

D.ª JUANA. *(A Don Sempronio y á Luisa. Los tres sumamente abochornados.)*
(Pero es verdad?.

D. SEMP. Ya lo ves.

LUISA. Dice que su amor desprecia.)

VICENTE. Perdida por siempre la última
ilusion que concibiera,
pronto dejaré la Córte
cuyo ambiente me envenena.

MARÍA. (Cielos, se marcha!)

D. SEMP. Vicente,
no es posible que consienta
yo su desgracia. María
ama á usted.

VICENTE. Es cierto!

D. SEMP. Ella
no puede mentir.

MARÍA. (No puedo!...
me faltan para ello fuerzas.)

D. SEMP. Y pues que es tan desgraciada
dichosa con usted sea.
—Juana tambien vé gozosa
esta union.

D.ª JUANA. Yo!...

D. SEMP. (Ten prudencia
sino nos vemos perdidos.)

D.ª JUANA. Lo que siento es la reserva
que María ha usado en todo.
Por lo demás.., si, me alegra
verla feliz. (Sino fuese
porque soy prudente y buena
me habian de oir los sordos.)

MARÍA. Señora... *(Se dirige á Doña Juana con cariño.)*

LUISA. (La ira me ciega.
De qué se habrá enamorado
este hombre? Al fin en aldea
nacido.)

CRIADO. Este pliego traen
para Don Vicente.

VICENTE. Venga. *(Váse el criado.)*
Si será lo que presumo?
(Pide vénia con un ademan.)
El cielo quiere que sea
completa mi dicha. Tome
usted. *(Le dá un pliego á Don Sempronio.)*
El Gefe de Hacienda
no ha tardado en complacerme.
D. SEMP. Una credencial.
D.ª JUANA. De veras?
D. SEMP. Estoy repuesto.
D.ª JUANA. Que cosa!
Sin ascenso.
D. SEMP. Y aun te quejas?
(Vicente entrega á María las alhajas de su Madre.)
VICENTE. El cielo por fin se duele
de nosotros.
MARÍA. No es completa
mi dicha.
D.ª JUANA. Pues que te falta?
(Puede que aun no esté contenta.)
(Con marcada acritud.)
MARÍA. Me falta un abrazo tierno
de Luisa, sin el creyera
que no me quiere.
LUISA. *(Con sarcástica indiferencia.)* Y porqué
no te he de querer? (No sea
que se goce en mi despecho)
(Abraza á María.)
MARÍA. No me amas, no, me desprecia
VICENTE. *(Dejando de hablar con D. Sempronio y Doña Juana.)*
María ha cambiado el rumbo
que seguian mis ideas.
Fuera política. Dejo
el campo libre y que venga,
quien quisiere á romper lanzas
en tan difícil palestra.
(Adelantándose con María al proscenio.)
A orillas del manso Turia

una quinta nos espera,
donde entre sendas de flores
vuela feliz la existencia.
Ni la ambicion, ni el orgullo
que es de los necios la enseña;
ni el rencor de las pasiones
que al débil mortal aquejan,
van allí á turbar la calma
de aquella mansion, que llenan
las flores con sus aromas,
las aves con sus cadencias.
—Ya verán ustedes todos
si por acaso se acuerdan
de estos pobres campesinos
cuanto el alma se recrea.
Vamos á ser muy felices.

MARÍA. Ay, si mis padres vivieran!

VICENTE. Ellos desde el cielo gozan
porque desde allí contemplan,
que va usted á ser feliz,
por su virtud y modestia.

FIN,

Examinada esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice.
Madrid 24 de Enero de 1865.

EL CENSOR DE TEATROS,

Narciso S. Serra.

CUATRO PALABRAS DE GRATITUD.

Estrenóse esta comedia el 13 de Enero de 1865, á beneficio de D.ª Dolores Lirón, primera dama de la compañía que á la sazon actuaba en el teatro de Albacete.

Al público y á los actores debo cuatro palabras de gratitud: al público, por su estremada benevolencia; á los actores, por la acertada interpretacion que dieron á sus respectivos papeles.

Pero estas palabras no bastarán á espresar debidamente lo que siento; porque hay emociones de difícil, de casi imposible definicion.

Si siempre fueron gratos los aplausos para el gran artista, cuan dulcemente no resonarian en mi oido los primeros que el público me ha dispensado, á mi, novel escritor, sin títulos, sin méritos, sin nombre literario!.....

Mucha ha debido ser la galantería del público, cuando con tantas demostraciones ha honrado mi primera produccion dramática. Sé que no merezco tanto y que mi pequeñez se evidencia á medida que la ofrenda se engrandece.

Al consignar aquí los nombres de las personas que se dignaron alentarme con un obsequio que apenas se atrevió á soñar mi mente en sus mayores ilusiones, rindo á todos un débil tributo de consideracion y de agradecimiento.

Estos sagrados afectos quedan grabados en mi alma, como grabadas quedan para siempre las cariñosas frases que me complazco en estampar á continuacion.

El autor.

Sr. D. Francisco Perez Echevarría.

Albacete 9 de Febrero de 1865.

Nuestro querido amigo: la bellísima comedia que V. ha escrito con el título de MODESTIA Y VANIDAD nos ha inspirado el deseo de regalarle una corona de plata.

Queremos que en este ligero y sencillo obsequio vea V. un testimonio de nuestra gratitud por los deliciosos ratos que la representacion de su obra nos ha proporcionado, y una recompensa si bien pequeña, debida al mérito literario de una produccion que enseña tan buena moral, bajo formas muy bellas.

Tenga V. pues, amigo querido la bondad de conservar ese recuerdo nuestro y sírvale de estímulo constante para estudiar y seguir cultivando un arte, en el que, el primer paso que ha dado, demuestra que ocupará un lugar distinguido entre nuestros mejores poetas cómicos.

Somos de V. siempre afectisimos seguros servidores y amigos Q. B. S. M. Alejandro B. Estrada.—Justo José Banqueri.—Joaquin María Casalduero.—Tomás Bernal.—Santos Jorreto.—Manuel Torres.—Manuel Robledo.—Esteban Macragh.—Eliodoro de Astorza.—Ricardo de Montaos.—Rufo Bonilla.—Vicente Torres.—Sinforoso José Arenas.—Miguel Prieto del Castillo.—Salvador Grande y Melgar.—Antonio Hernandez.—José Andreo Dampierre.—Vicente Franco.—Antonio Garcia.—Buenaventura Conangla.—Manuel María Perez.—Antonio Paz.—Jesús María Arenas.—Antonio García.—José Casaña.—José Roca.—José de Cútoli.—Benito Ferrero.—Emilio de la Torre —José Surroca.—José Mares.—Francisco Adrovér.—Jorge Cortés.—Gabriel Navarro.—Manuel Gonzalez Nandin.—Maximino Garcia Herraiz.—Salustiano Sotillo.—Emilio Roldán.—Manuel Romero.—Ramon Sebastian Perez.—Tomás Perez.—Juan Vicen.

PUNTOS DE VENTA.

Madrid: librería de Cuesta, calle Mayor, número 2.

PROVINCIAS.

Albacete.—Casa del editor, calle Mayor, número 27, establecimiento de la *Jóven Ciudad:* donde se dirigirán los pedidos.

IDEM EN LOS DEMAS PUNTOS.

Casa de los comisionados de D. Alonso Gullon, director de la Galería lírico-dramática El Teatro.